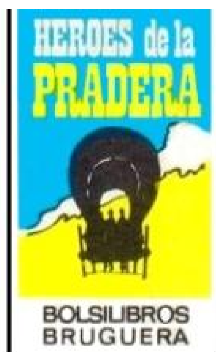
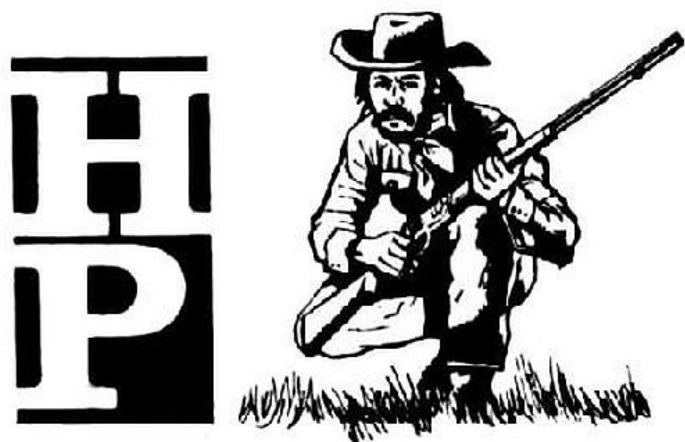


JUGANDOSE LA PIEL

Keith LUGER



HEROES DE LA PRADERA



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.263 — La historia de Billy el Melenas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.528 — Un crimen y un beso.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:
729 — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:
657 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:
581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:
919 — Un caso sin importancia.

En Colección CALIFORNIA:
752 — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASES DEL OESTE:
1.113 — Candidato al ataúd.

En Colección COLORADO:
610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
556 — Murieron de dos en dos.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
5 — Asesino Murray.



Keith Luger

JUGÁNDOSE LA PIEL

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 558
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 23.258-1980

Impreso en España - Printed in Spain

3.ª edición: setiembre, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Las velas se hincharon al viento y el Alabama cabeceó lentamente al variar el rumbo hacia el puerto de Matagorda.

Duke Corey se asomó poco a poco por debajo de la lona que cubría la carga general. Sus pupilas verdosas se cercioraron de que todo estaba tranquilo.

Salió del escondrijo y avanzó agachado, amparado en las últimas sombras del amanecer, los pasos apagados por el fragor del mar.

Llegó cerca del sollado de popa y se detuvo tras un montón de cuerdas. Desde allí pudo contemplar los dos botes de salvamento, cubiertos con sus respectivas lonas y dejó escapar una risita tenue.

Se irguió con ánimo de llegar hasta allí, pero en aquel momento un hombre apareció por un costado de la cubierta y se puso a pasear de un lado a otro.

Duke soltó una maldición para sus adentros y, aguardó a que el individuo le diera la espalda en una de las idas y venidas.

Entonces, dio un salto y le golpeó con todas sus fuerzas en la nuca.

El sujeto cayó como un fardo.

Duke extrajo el revólver y agregó un par de golpes en la cabeza del caído, quien no pareció acusarlo. Luego, arrastró el cuerpo inerte hacia las cuerdas, cuidando de no hacer ruido al desplazarlo por el suelo.

Duke Corey respiró con fuerza.

Disponía de pocos minutos para que todo se desenvolviera tal como estaba calculado. Un poco más y se echaría a perder. La luz del día iba en aumento.

Atravesó, el tramo más peligroso de la cubierta por estar desprovisto de escondrijos, y llegó junto al bote de estribor.

Prestó atención manteniendo el «Colt» en la derecha.

—Todo listo, Steve —dijo por un costado de la boca. Siguió un corto silencio.

La lona que cubría el bote se alzó lentamente.

Una cara apareció por el hueco.

—Tendremos que darnos prisa, Duke.

Corey mantenía la vista al tanto del menor movimiento de los alrededores.

—Sal de ahí.

El llamado Steve pasó una pierna por encima de la borda del bote y se dejó caer con sigilo junto a su compañero.

—¿Llamo ya a los otros, Duke?

—Sí. Hazlo, pero aprisa. No disponemos de mucho tiempo.

—De acuerdo, Duke.

—El resto lo sabes también. Te espero frente a la puerta del despacho del capitán.

Duke se desentendió de su compañero y regresó cerca de la entrada al sollado. Allí se mantuvo unos momentos a la expectativa, volvió la cabeza hacia donde desapareciera Steve, y vio la sombra de varios hombres agazapados que correteaban hacia distintos puntos. En una ocasión, se oyó claramente un gemido sordo y luego el suave arrastre de un cuerpo.

Duke salió del escondrijo con el rostro cubierto por un pañuelo negro. En aquellos instantes el Alabama variaba el rumbo rápidamente y Duke esbozó una sonrisa.

Todo marchaba a pedir de boca. Uno de los muchachos se había hecho cargo del gobierno de la nave.

El capitán Flaherty apareció en el hueco de la puerta con la extrañeza pintada en el rostro y, antes de que pudiera llamar al segundo de a bordo que le sustituía en el mando, Steve se llegó por detrás de él y le hizo dar la vuelta plantándole el revólver delante de la cara.

—Cierre el pico, viejo lobo —dijo en voz baja.

Flaherty estuvo a punto de aullar, pero optó por cerrar la boca y quedarse mirando fijamente al enmascarado que le apuntaba.

Duke aprobó la marcha de las cosas con una cabezada y un gruñido, y sin titubear, bajó al sollado de popa.

Los dos hombres armados que montaban guardia frente a una

puerta soltaron sendas maldiciones y prepararon los rifles con presteza.

Duke se dijo que había llegado el momento de hacer un poco de ruido y apretó el gatillo un par de veces.

Los estampidos sonaron casi juntos y el eco se perdió en la inmensidad del golfo de México.

Los dos hombres que montaban guardia se vinieron abajo.

Uno de ellos tuvo aún arrestos para disparar su arma y la bala pasó peligrosamente cerca de la cabeza de Duke.

Pero éste gatillo de nuevo y el tipo se convulsionó en el suelo.

—¡Trae al viejo muchacho! —dijo Duke.

Steve empujó con el cañón del revólver al capitán Flaherty y le hizo bajar por la escalerilla.

—¿Qué están haciendo? —rugió de pronto Flaherty.

Duke lanzó una carcajada.

—Vamos a quitarle un poco de lastre al buque, capitán —guiñó un ojo—. ¡Infiernos, se habrá dado cuenta de que lleva demasiada carga!

Una voz conocida de Duke gritó desde proa:

—¡Todo bien por aquí, muchachos!

Flaherty miró la brújula prendida en su muñeca y soltó una exclamación.

—¡Puercos asesinos! —resolló con ira—. ¿Es que quieren también hundir la nave? ¡Vamos a estrellarnos contra las rocas!

Duke sonrió meneando la cabeza.

—Usted no sabe qué clase de timonel tenemos ahora, capitán. En su pueblo era un as conduciendo una punta de bueyes… ¡Abra esa puerta!

Flaherty apretó los dientes con rabia.

—Van a pagar esto con la cuerda al cuello. ¡Lo van a pagar, maldición!

Steve debió apretarle el espinazo con el cañón del «Colt», porque Flaherty se acercó a la puerta.

Duke le mostró el negro agujero del revólver.

—Vamos, abuelo. ¡Abra!

Flaherty hizo una mueca y tendió un par de llaves iguales. Duke le hizo una señal con el arma.

—Es más propio que lo haga usted —sonrió. Luego volvió la

cabeza al oír sus pasos. Los chicos traían a un tropel de hombres por delante de sus armas y los condujeron al sollado de proa.

Un oficial, alto, delgado y con cara de comadreja, llegó custodiado por un tipo de aspecto patibulario.

—¡Capitán, se van a llevar el dinero! ¡Se lo van a llevar…!

Flaherty le dedicó una mirada de desprecio por encima del hombro mientras hurgaba en la cerradura.

—Os dije que tuvierais los ojos bien abiertos.

Duke movió el arma que empuñaba.

—Deje los reproches para más tarde, capitán. Recuerde que hemos de desayunar todavía.

Flaherty gruñó presa de la rabia y abrió la cámara.

Steve se adelantó y entró. Unos segundos después sacó un par de bolsas de cuero que pesaban lo suyo.

—¿Está todo, muchacho? —Duke ladeó la cabeza.

—No he dejado ni el polvo —contestó Steve.

Duke se encaró nuevamente con Flaherty.

—Andando, viejo. La tripulación necesita que le levante los ánimos.

En eso la nave se vio acometida de un temblor que parecía venir de la bodega.

—¡Estamos tocando fondo! —gritó el oficial.

—Cósete la boca —le empujó Duke al lado del capitán.

—¡Quieren matarnos a todos, capitán Flaherty! —gritó a voz en cuello—. ¡Nos van a liquidar, está claro!

Duke le tiró una patada al bajo vientre. El oficial soltó un chillido y se arrugó hacia delante.

Entonces, Duke le sacudió con el cañón del «Colt» en la cabeza.

El individuo se desplomó sobre un rollo de cuerdas.

Flaherty cuadró las mandíbulas, pero no dijo nada y se dejó conducir por Duke.

Steve les seguía arrastrando las bolsas.

Duke entregó al capitán a los dos forajidos que custodiaban al resto de la tripulación.

Casi al mismo tiempo que se verificaba la maniobra, Duke oyó sobre la cubierta el arrastre de un cuerpo humano y se volvió rápidamente al mismo tiempo que Steve.

Alcanzaron a ver la cabeza y hombros de un individuo

confundidos con el fogonazo de un rifle. Los dos asaltantes dispararon al mismo tiempo sus armas, pero Steve lo hizo lanzando un gemido de dolor.

El hombre del rifle dejó caer éste y quedó medio colgado de la cubierta.

—¡Me ha dado en la pierna! —rugió Steve.

—¡El tipo también ha llevado lo suyo! ¿Puedes andar?

—¡Maldita sea, se me está quedando dormida! ¡Estoy mal, muchacho!

Duke lanzó una maldición y agarró al herido por un brazo que se colgó del cuello.

Anduvieron unos cuantos pasos, mientras los demás se encargaban de encerrar a la tripulación detrás del pesado mamparo corredizo, y de pronto una fuerte sacudida les lanzó contra las tablas.

La embarcación escoró a estribor, entre un estallido de maderas rotas.

Duke rodó sobre sí mismo un par de veces, pero se puso en pie con rapidez y comenzó a dar órdenes.

—¡Salgamos de aquí ahora mismo! —dijo. Y dirigiéndose a un sujeto delgado de pelo corto agregó—: ¿Está el bote preparado?

—Sí, jefe. Ahí lo tenemos amarrado entre las rocas.

—¡Rápido, pues! ¡Echad una mano a Steve!

Duke cubrió la retirada, cuidando que nadie forzase el mamparo que encerraba a la tripulación en el sollado.

Los otros se repartieron el trabajo de bajar hasta el bote a Steve y las dos bolsas con el dinero.

Duke oyó un silbido desde abajo que le indicaba que todo estaba listo para la partida y bajó por la escalera de cuerda.

Poco después se reunió con el resto de la pandilla en el pequeño bote preparado de antemano.

Apenas se habían separado como un tiro de piedra de la embarrancada nave, se escuchó claramente el forcejeo del mamparo mezclado con la voz airada de Flaherty.

Poco después aparecieron varios tripulantes armados por la borda del Alabama e hicieron fuego.

Duke y los hombres a sus órdenes se plancharon contra el fondo la pequeña embarcación y contestaron a los disparos.

Los del Alabama soltaron plomo furiosamente, pero un minuto después interrumpieron la batalla.

Los fugitivos del bote desaparecieron entre las innumerables galerías de roca, esfumándose con los fondos destinados al Banco de Matagorda.

CAPÍTULO II

Jim Curtís salió del apartamento y antes de cerrar lanzó una última mirada a Lola Mississippi, que dormía con la sonrisa en los labios.

Jim recibió el impacto de la deslumbrante luz del mediodía y entornó los ojos empezando a bajar la escalera.

A los pocos peldaños, la puerta de la habitación se abrió y Lola le llamó en voz baja desde el rellano:

—Las espuelas, Jim. Siempre te las dejas.

Jim sonrió ante la vista de la hermosa mujer. La chica valía su peso en oro. Jim alargó la mano para tomar las espuelas.

—Gracias, nena.

Ella se separó de la barandilla después de saludarle con una mano y Jim se mantuvo quieto.

Lola ladeó la cabeza.

—Tensaba en el tipo que te llamó de ese modo.

Lola le miró divertida, los brazos apoyados en las caderas.

—¿Qué, Jim?

—Le llevabas una curva de ventaja al río.

Ella y él se miraron sonrientes, y de pronto soltaron sendas carcajadas. Luego, Jim le guiñó un ojo y continuó escaleras abajo.

La calle estaba relativamente desierta a aquellas horas. Jim miró a ambos lados y vio a cuatro haraganes que dormitaban bajo los cobertizos, puestos a cubierto de los primeros calores del día.

Jim avanzó por la acera de tablas, y al llegar al otro extremo de la calle vio a dos fulanos que se codearon al pasar él por delante.

Jim se tocó el ala del sombrero a guisa de saludo y siguió su camino.

—¡No des, un paso más! —gritó uno de la pareja.

Se trataba de un sujeto alto, de unos cuarenta años, musculoso. Tenía los ojos y el poblado bigote negros como el carbón.

El que le acompañaba era algo más bajo, pero macizo, de fuertes hombros.

Jim Curtís alzó las cejas un momento y casi al mismo tiempo esbozó una sonrisa.

—Buenos días, señores.

—¡No van a ser tan buenos para ti!

Jim examinó a la pareja con divertida curiosidad.

—¿Qué les duele, muchachos?

El individuo del bigote negro salió de la esquina, y al hacerlo levantó polvo debajo de los pies.

—Te dije que quería verte a no menos de una milla de Lola —escupió las palabras entre los dientes apretados.

—¿Sí, Duncan?

—¡Sí, infiernos! ¡Y vas a ver lo que les pasa a aquellos que desoyen los consejos de Duncan Smith! ¡Estoy harto de que la rondes cada vez que te dejas caer por Best City!

Curtís abrió las piernas en compás y sacudió la cabeza.

—¿Qué le pasa, Duncan? ¿Es que tiene que andar a la gresca con todos a causa de Lola?

—¡Rayos! ¡Es mi chica! ¿Lo oyes, piojoso? ¡Mi chica! ¡Y no dejaré que nadie le haga sombra ni con el sombrero!

—Sí que le ha dado fuerte, Duncan.

El individuo del bigote negro dio un par de pasos más hacia Jim.

—¡Te has aprovechado de mi ausencia estos días! Te creías que no iba a pescarte, ¿eh? ¡Bien, ya estoy aquí!

—Bien venido, Duncan.

—¡Y ahora vas a ser el cuarto que necesite muletas durante una temporada!

Jim sonrió a medias.

—Duncan —dijo—. Me habían hablado de usted como de un papanatas de espanto, pero siempre me ponía de su parte.

—¡Que me ahorquen! ¿Qué estás diciendo? ¡Tú, maldito!

—Sí, Duncan. Sería mejor que se calmara con un trago.

—¡Sólo me calmaré cuando te oiga crujir los huesos!

El tipo que estaba en segundo término parpadeó, e intervino:

—Oye, ¿por qué no me lo dejas a mí? Acabaré enseguida y nos

iremos a almorzar. Me ruge el estómago sin parar.

Duncan volvió a medias la cabeza sin quitar la mirada de Jim y sonrió a través de la rabia.

—No tardaremos, Pugg.

Jim Curtís hizo una mueca.

—Tienen ganas de hacer boca conmigo, ¿eh?

Duncan armó los puños y disparó uno.

—¡Acércate, bastardo!

Jim saltó de lado como impulsado por un resorte y patinó sobre el polvo, esquivando el golpe.

Duncan compuso una mueca de desconcierto y furia.

—¡Lucha como un hombre, puerco!

Jim esperó la segunda acometida, y cuando Duncan tiraba con la izquierda se la desvió con el hombro.

El joven dio vuelta rápidamente con la derecha por delante y la estrelló en la cara de Duncan.

El estallido sonó como un tiro.

Duncan salió despedido hacia atrás y pudo frenar gracias al soporte del cobertizo que tenía a sus espaldas.

—¡Hijo de perra! —aulló—. ¡Ahora es cuando te voy a dejar tullido!

Jim sonrió.

—No lo demore.

Los dos hombres se encontraron y cruzaron varios golpes de poca efectividad para tantearse los huecos de la defensa.

Jim dejó uno y el aprovechado Duncan le hincó la terrible izquierda en el estómago.

Jim Curtís profirió un sonido ronco y retrocedió antes de encorvarse instintivamente.

Su antagonista soltó una carcajada que fue coreada por Pugg para jadearlo, y se lanzó a la carga.

Jim se enderezó de pronto, y tuvo un pleno ruidoso.

Conectó un trallazo en la mandíbula de Duncan disparando desde abajo, y el tipo cerró la boca como si fuera un cepo.

Luego, atravesó la calle y entró de cabeza en una droguería, de donde no salió.

Jim se entretuvo en escuchar el ruido de latas y otros objetos al venirse abajo, mezclado con los gritos de estupor de los clientes del

establecimiento.

Todo ello fue aprovechado por Pugg, que se abalanzó sobre él, descargando una lluvia de golpes.

Jim se repuso de la sorpresa mientras se batía en retirada, y de pronto pensó si Lola le había colgado alguna pata de conejo, al disparar la derecha al azar.

El impacto dio de lleno entre los ojos del macizo individuo, quien frenó en seco y se quedó erguido con la sorpresa en el rostro.

Jim aprovechó la fracción de segundo y lo puso en marcha hacia atrás con un golpe en el lado de la quijada.

Pugg bizqueó los ojos al alejarse y quedó empotrado en la estrecha separación de dos casas.

Curtís siguió calle abajo, y cuando andaba por la mitad, oyó pasos precipitados detrás de él.

—¡Curtís!

Jim se volvió.

Un hombre de mediana edad, de aspecto duro, con una estrella sujeta al chaleco, le dedicó una mirada penetrante mientras se le acercaba.

—Curtís, ésta va a ser la última que me hace —resolló el representante de la ley.

Jim se alzó el ala del sombrero.

—¿Qué ocurre, *sheriff*?

—¡No va a tomarme el pelo, Curtís! ¡Usted sabe demasiado que cuando nos encontramos es para hablar de alguna de sus trastadas!

—Si se refiere al encuentro con Duncan, ¿preguntó a los testigos?

El *sheriff* Butler apretó los puños, midiendo con la vista la figura de Curtís.

—Siempre tiene justificación para todo —dijo, con la dentadura prieta—. ¡Sí, infiernos! ¡Está claro que Duncan y ese oso le provocaron! Pero oiga una cosa, Curtís.

Jim denotó interés.

—¿Qué, *sheriff*?

—Un día tendrá un fallo, Curtís. ¿Sabe qué es eso? Un hueco donde pueda meterle la garra y apretar con toda mi alma. Entonces es posible que se arrepienta del día en que conoció al *sheriff* Butler.

Jim sonrió entornando los ojos.

—Usted es un tipo simpático, Butler. Lástima que se esté pudriendo aquí de *sheriff* y no haya hecho carrera en la política. Cuando se ponga de mi parte le daré una recomendación para un senador muy amigo…

—¡Puaf! —Hizo Butler.

Y se alejó por donde había venido.

Jim le vio desaparecer en el lugar de los hechos y sonrió. Luego, reanudó la marcha.

Entró en el local de Frankie Davis y apenas atravesó los batientes, un viejo que bebía en una de las mesas de la derecha dejó caer la botella de golpe y se puso en pie de un brinco.

—¡Jim! —exclamó.

Curtís se acercó a él, lentamente.

—Hola, Peter.

El viejo dio un rodeo a la mesa y le aferró por la manga.

—¡Muchacho! ¿Dónde te has metido?

—No he salido de Best City.

—¡Si no te he visto en tres días! —El viejo le arrastró hacia el rincón donde tenía la mesa.

Jim se acarició la barbilla.

—Tú sabes que siempre voy tanteando dónde hay un buen negocio. A veces es necesario hurgar todos los rincones.

Peter le dirigió una mirada sospechosa.

—Me gustaría saber con certeza a qué negocios te refieres, Jim. ¡Infiernos, sé del pie que cojeas!

Jim le miró de reojo.

—¿Vas a sermonearme, Peter? También me han contado cosillas acerca de ti.

El viejo lanzó un bufido, balanceándose sobre las botas mientras hacía muecas.

—¡Siempre tienes salidas para todo, Jim! —gimió—. ¡Y entretanto, los buenos asuntos se nos escapan de las manos!

Jim quedó cejijunto.

—¿A qué te refieres, Jim? ¿Algún bocado a la vista?

El viejo impuso silencio con un dedo sobre los labios e hizo un ademán a Jim para que tomara asiento.

—Yo diría que es toda una tajada, muchacho.

Los ojos del viejo tenían un brillo inusitado.

—Viejo, Peter, me tienes en suspenso. ¿Qué es lo que cueces bajo el sombrero?

Peter Manfield miró a ambos lados y después de cerciorarse de que nadie les prestaba atención, se hurgó el bolsillo.

—Echa un vistazo a esto, muchacho.

Sacó un periódico arrugado y lo desdobló con ciertas precauciones.

Jim leyó unos titulares que encabezaban La Voz del Sur:

> «El bergantín Alabama asaltado por seis desconocidos en el atraco más sensacional de la historia».

Jim empezó a leer con avidez.

CAPÍTULO III

Jim Curtís levantó la vista del periódico y quedó estático, la mirada perdida en el infinito.

—¡Humos sagrados! —exclamó en voz baja.

Peter se abocó sobre él y le apretó el antebrazo con fuerza.

—¿Qué me dices ahora, Jim?

—Deja que me recupere, abuelo. No estoy hecho a ciertos golpes.

Peter rió cascadamente.

—Sabía que te quedarías de piedra, muchacho —guiñó los ojillos un par de veces—. ¡Cincuenta mil dólares!

—Eso no sé ni cómo se escribe en cifras —resolló Jim, todavía sin volver a la realidad.

Peter se venció adelante y atrás, riendo.

—¡Si vieras las ganas que tenía de verte poner esa cara, hijo! —De repente quedó con la boca abierta y profirió un gruñido de rabia —. ¡Truenos, y tú perdido tres días por ahí! ¡Me gustaría saber la verdad de tus andanzas! ¡Huelo a faldas a media milla!

—No me cortes los pensamientos con tus chismes, Peter —dijo Jim.

El viejo le acercó el rostro despidiendo fuertemente olor a *whisky*.

—Quiero saber si tú coincides a la primera conmigo —dijo por un costado de la boca—. Repasa los hechos. Seis tipos enmascarados. Alabama. Un golpe maestro. Muertos a mansalva. ¡Habla, Jim!

Curtís entornó la mirada y sus ojos se velaron al hundirse en el mundo de las conclusiones.

—Duke… Duke Corey —puntualizó.

Peter Manfield pegó una palmada tan fuerte en la mesa que llamó la atención de cuatro tipos enredados en una partida de póquer.

Tosió para despistar.

—Señor Curtís, como íbamos diciendo —dijo en voz alta, y agregó por lo bajo—: Has dado en la misma cabeza de la tachuela. Ese trabajo no ha sido hecho por nadie más que por Duke Corey y Steve Pearce.

—Sí —dijo Jim.

Peter dejó escapar un gemido angustioso.

—¡Ese par de tiñosos, cubiertos de garrapatas, Jim! ¡Y manejando el dinero con palas! ¿No es indignante?

—Lo es, Peter. —Jim reflexionaba a toda velocidad.

Peter le habló a la oreja y la vaharada de *whisky* sesgó un poco el camino.

—Si dos personas conocen al retorcido cerebro de Duke Corey, ésas somos nosotros, Jim. Apenas le eché la ojeada al periódico, me di un puñetazo en la frente. El trabajo encaja a la medida con los sistemas de esa pareja. ¿Te acuerdas cuando nos limpiaron los dos mil dólares, muchacho?

Jim endureció el rostro.

—No me lo traigas a la memoria, abuelo —dijo—. Cada día hago el propósito de no acordarme.

Peter maceó en silencio el tablero de la mesa.

—¡Yo también, Jim! ¡Y te juro que el día que les pueda hincar una dentellada sabrán lo que es bueno!

Jim se pasó el índice por debajo de la nariz mientras sacudía la cabeza para cambiar la dirección de los pensamientos como si fuera un caleidoscopio.

—Vamos a lo práctico, Peter. ¿Llevas ahí el mapa?

El viejo asintió. Escamoteó el periódico y sacó de otro bolsillo un papel doblado en varias partes.

—Pongamos manos a la obra, muchacho —desdobló el mapa.

Jim dedicó una mirada general al mugriento papel y detuvo el índice justo al lado de un poco de tortilla pegada y seca que rascó con la uña.

—Este punto corresponde a Mobile. La ciudad que vio salir la remesa para el Banco de Matagorda y nunca la podrá recibir.

—Sigue, hijo mío. Vamos a la par.

Jim observó el arrugado rostro del viejo Peter.

—La última vez que supimos de ellos fue en Houston. ¿Recuerdas?

Peter hizo una mueca de sarcasmo.

—¿Que sí…? ¡Infiernos, me tuvieron sin dormir tres noches!

—A mí también —replicó Jim—. No podía acabar de comprender aquel desplazamiento hacia el Este. Cuando asaltaron la diligencia de Camarones, creí que ya estaba dada la solución. Pero, no. Los tipos picaban más alto.

Peter se sirvió un trago y lo bebió de un golpe.

—Ahora es cuando ha salido la explicación de sus correrías. Duke y Steve tenían los ojos puestos en Mobile. Se olía el sabroso estofado a muchas leguas.

Jim marcó el tablero de la mesa con la uña:

—A veces pienso que si tendrán pacto con el diablo. ¡No tienen rival para encontrarse filones!

Peter indicó el mapa.

—Anda, Jim. Lee nuestro destino. Lo demás son pelillos al aire.

Jim Curtís dedicó su atención a la carta geográfica, siguiendo con la uña los puntos que citaba La Voz del Sur en el artículo sobre el asalto.

—El Alabama es un bergantín dedicado al cabotaje. Las autoridades de la ciudad tenían la mosca en la oreja. Hacía tiempo que se registraban asaltos en distintos puntos del Sur y optaron por mandar los fondos en esa cáscara de nuez. Es lo que leo entre líneas en esta noticia.

—Ya estás funcionando, Jim —se maravilló el viejo Peter.

—Ahora sólo nos queda saber el paradero de la pandilla de Duke.

Peter alzó las cejas después de un pensamiento.

—¿Qué te parece el pequeño pueblo de Montecillos, en México? Una vez supe que Duke tenía una mexicanita muy entrada en carnes por aquellos andurriales.

—Fuera —desestimó Jim cejijunto.

—¿No es lógico? Con ese bocado buscarán un escondrijo en México. Cae por su peso.

Un breve silencio se produjo entre el viejo y el joven embebidos

en la lectura del mapa salpicado de marcas de moscas.

—Duke y sus chicos lo tenían todo bien atado. Habían preparado con antelación un bote cerca de Matagorda. —Jim pensaba en voz alta—. Luego se largaron con caballos también preparados.

Peter chascó los dedos.

—¡Qué idea, Jim!

—Suéltala.

Peter se humedeció los labios.

—Estoy seguro de que están camuflados por San Antonio. ¡No tenían otro camino!

Jim meneó la cabeza negativamente.

—Eso hubiese sido como dejar un rastro para las autoridades. Algo así como poner flechas y letreros: «Nos vamos por aquí, chicos».

Peter gruñó.

—Tienes razón. Me arrugo cuando veo que soy tan berzotas.

—No te subestimes, Peter —dijo Jim—. Sin quererlo me has encauzado.

El viejo vio cómo Jim seguía ahora las líneas imaginarias con entusiasmo.

—¡Peter!

—Dime, hijo. —El viejo estaba sin resuello.

—¿Dónde te hubieras escondido tú de estar en el pellejo de Duke?

—¿Yo? —Peter juntó las cejas—. Tal vez Cortaduras, Pointerville… Algún sitio montañoso por si había que correr. Bolana, o tal vez Abbot City.

—¡Ahora, Peter! —gritó Jim, saltando en el asiento.

Los jugadores de póquer habían levantado hasta cien dólares y volvieron las cabezas con sendos gruñidos.

Jim se excusó con un toque de ala de sombrero.

Se volvió hacia el abuelo.

—Abbot City. Está hecho a la medida de ellos. Hemos pasado cerca de ese pueblo varias veces sin entrar. ¿Recuerdas?

Peter tenía un brillo singular en sus pequeños ojos.

—Esas montañas les sirvieron para preparar el golpe del Alabama. Alguien les llevó los caballos para la huida y simularon una fuga hacia San Antonio. ¡Ya se las sabe todas ese Duke!

—Estoy seguro de que acampan alrededor de Abbot City. Es el sitio más cercano para aprovisionarse.

Peter palmeó de gusto.

—¡Muchacho, aquí está la oportunidad de nuestra vida! —exclamó—. ¡Duke y Steve ignoran que sabemos la madriguera! ¿Qué piensas, hijo?

Jim permaneció cejijunto.

—No seremos nosotros solos los que vayamos detrás de esos fulanos.

—¿Qué quieres decir? —Peter abrió los ojos presa de una súbita alarma.

Jim se rascó la cabeza.

—Ya sabes que Duke y los suyos tienen otras enemistades, además de nosotros. No te parezca raro que los busquen por el mismo camino. Algunos saben cómo piensan Duke y Steve.

—Sí —gruñó Peter—. El más astuto que quiere la sangre de Duke es ese pistolero roñoso de Bob el Ciego. Pero nosotros sabemos sus trucos. No tenemos rival si nos damos prisa.

Jim aprobó la conclusión de su compañero.

—Nos anticiparemos, Peter.

El viejo rió con ganas.

—¡Precisamente nos pilla con fondos para emprender ese viaje!

—¿Sí?

—¡Tenemos trescientos dólares, Jim!

Curtís manifestó un súbito pesar.

—Teníamos —dijo.

Peter continuó riendo con lágrimas en los ojos, y de pronto, se quedó con la boca abierta.

—¿Qué dices? —Ladró—. ¡Repite eso, Jim!

El joven rehuyó la mirada.

—Nos quedan tres dólares, abuelo.

Peter boqueó varias veces antes de poder recobrar el habla.

—¡Tres dólares, Jim, no me hundas!

—Tres con setenta y cinco, para ser más cabales —contó Jim a ojo el suelto del bolsillo.

—¡Jim! —gimió el abuelo, con la voz afectada por la nefasta noticia—. ¿Qué has hecho de la pasta?

—Teníamos algunas deudas. Hay que liquidar, Peter.

Peter enseñó la dentadura llena de huecos, mientras se agarraba al canto de la mesa.

—¡Maldición, ya caigo! ¡Han sido esas tres fulanas!

—¡Peter!

—¡No te hagas el despistado! ¡Tenías más de trescientos dólares al llegar a este poblado! ¡Y el primer día vi cómo mirabas a las tres en el local de la plaza Mayor! ¡Que me ahorquen si no te las numeraste enseguida! ¡Una para cada día! ¡Y te acaba de dejar la número tres!

Jim palmeó el antebrazo de su viejo amigo.

—Peter —dijo—, no debes hablar así. Haremos frente a la situación.

—¡Oh, cabeza dura! —gimió el viejo—. ¡Vas a matarme a disgustos! ¡Me imaginé que te ordeñarían! ¡Y así ha sido!

Curtís sonrió ligeramente.

—Eres muy mal pensado, abuelo. Me he limitado a mostrarme espléndido con la gente.

—¿Y ahora quién es espléndido con nosotros? ¡Dime, Jim!

El joven Curtís se puso en pie.

—Necesitamos pasta ahora mismo y no saldremos de Best City sin ella —dijo—. Todavía me quedan algunas amistades de mis tiempos de prosperidad.

—¡Aquellos tiempos no hacen más de tres días! —se lamentó Peter—. ¡No puedo dejarte un momento solo, muchacho!

—Conseguiré el dinero —afirmó Jim.

Peter le miró entre sarcástico y triste.

—¿Piensas asaltar el Banco? ¿O tal vez pedir limosna? ¡Jim, tú…!

—Deja de llorar, Peter. Pediré un préstamo a las chicas. Tienen sus ahorrillos, ¿sabes?

Peter se carcajeó lleno de dolor.

—¿Crees que les vas a sacar un centavo? ¡Infiernos, no son la ventanilla de un Banco para meter y sacar dinero!

Jim salió a la acera de la calle.

—Prepara los caballos mientras puntualizo esos pequeños detalles.

Luego se alejó barajando en su cabeza tres nombres de mujer.

CAPÍTULO IV

Duke Corey volvió la cabeza hacia el interior de la cueva y apretó los labios con fuerza.

—¿Es que no puedes dejar de lloriquear ni un momento, Steve? Los chicos están sacando la conclusión de que eres algo blando.

—¡Me muero, Duke! ¡La pierna me quema como si la tuviera dentro de un caldero de agua hirviendo!

Duke Corey sacudió la cabeza y escupió hacia una mata de hierbas. Hacía tres días que el condenado de Steve se hallaba presa de la fiebre. Le habían sacado la bala de la pierna con el auxilio de una horquilla de señora, Y Mikky, «el tipo que todo lo sabía», le había embadurnado el agujero con una grasa de lagarto que olía a demonios.

Duke vio bajar del peñasco alto a uno de sus hombres y acercarse rápidamente.

—¡Ahí viene *Jet* con el doctor, jefe!

—¡Por fin! —exclamó Corey.

Por el montículo apareció un hombre de unos cincuenta años encañonado por un sujeto de pésimo talante.

—¡Jefe, aquí lo traigo! ¡Me ha costado más que una rubia remilgosa!

El doctor examinó el lugar con unos ojos grises, acuosos, y a su rostro asomó la expresión del hombre que ha visto mucho en el mundo.

—¿Qué quieren de mí, señores?

Corey le salió al paso.

—A uno de mis hombres le hicieron cosquillas con un plomo. Se lo sacarnos de la pierna y desde entonces está así.

El doctor entró en la cueva precedido de Corey.

Se inclinó ante el herido y le examinó durante diez minutos, pasados los cuales se levantó con la expresión que tienen patentada los galenos.

—Hay que tratar esto —dijo.

Corey hundió los pulgares en el cinturón.

—Oiga, abuelo. No me venga con monsergas. Necesito que el chico pueda andar mañana mismo. A ver qué le echa en la herida.

Los ojos grises del doctor se fijaron en el rostro de su interlocutor.

—El paciente necesita por lo menos una semana de reposo para curar. No tiene la gangrena de milagro.

Corey ensenó los bien aparejados dientes y le atrapó por la levita.

—Oiga, doctor. ¡No me gusta que me tomen el pelo! ¡Necesito que ponga en pie al chico mañana sin más tardar!

El médico sacudió la cabeza.

—Será mejor que me suelte. Eso no va a beneficiar en nada al herido.

Jet tomó el revólver por el cañón.

—¡Eh, jefe! ¿Le doy algo en la cabeza? ¡Será mejor que le bajemos los humos!

El doctor les miró con desprecio.

—¿Quiénes son ustedes?

Duke resolló unos segundos, pero, finalmente, recuperó su equilibrio emocional.

—Éste es Blancanieves —dijo, señalando el grotesco rostro de *Jet* —, y yo el príncipe.

—Me imagino quiénes son —dijo el doctor, de pronto.

Corey estuvo a punto de darle un revés, pero se contuvo.

—De acuerdo, matasanos. Ahora que lo sabe, haga las conclusiones. Si no hace todo lo que pueda por el herido, prepárese una buena cura para usted. Ande con él, matasanos.

El doctor entró en la cueva.

Duke se dirigió hacia donde estaba *Jet*, y en aquel instante, un jinete se hizo visible desde el lugar que pisaban.

—Es Mikky —gruñó *Jet*, que tenía una vista de lince.

Mikky tardó un minuto en llegar cerca de su jefe.

Estaba muy excitado.

—¡Hemos de levantar el vuelo ahora mismo, jefe!
Duke le examinó con la vista fija.
—¿Qué te ha dado, Mikky?
—Acabo de subir del pueblo —jadeó el hombre de Corey—. ¡Canastos, jefe! ¡He visto varias caras conocidas!
Corey se adelantó y torció la cabeza.
—¿Qué caras Mikky?
El llamado Mikky se humedeció los labios repetidas veces.
—El primero con quien me he dado de narices, ha sido Bob el Ciego.
Una expresión risueña modificó las cejas y labios de Duke.
—Ése siempre es el primero. La cosa marcha.
Mikky se quedó atónito ante la tranquilidad del jefe.
—Pero ¿no comprende…?
—¡Sigue, sabelotodo! ¿Quiénes eran los otros?
La lengua amarillenta de Mikky relamió los gordos labios.
—Apenas esquivé a Bob, tuve que esconderme para que no me echaran el ojo Jim Curtís y el viejo Peter Manfield. Acababan de llegar a Abbot City.
Duke rió a gusto.
—¡Infiernos, esta vez sí que se han dado prisa! ¿Los dos?
—Siempre andan juntos —gruñó Mikky—. Y usted sabe de sobra las ganas que nos tienen.
—Eso funciona, chicos. ¿Qué más, Mikky?
—Me pareció ver también a Joe el Profeta. Ya sabe, aquel tipo de San Ángelo que parecía olerse dónde nos escondíamos siempre. ¡Madre mía, la última vez me arrancó el lóbulo de un balazo! ¡Qué puntería!
Corey tenía en el rostro una expresión satisfecha que desconcertaba a los dos hombres que le escuchaban.
—¿Dónde andan nuestros chicos? —preguntó, interrumpiendo sus pensamientos.
Jet señaló con el pulgar hacia atrás.
—Vienen por ahí. Mírelos.
Tres individuos se acercaron saltando entre las piedras.
Corey los reunió a todos junto a un pequeño manantial.
—Bien, hijos —empezó—. Estamos en la misma situación que otras veces. Excepto que ahora tenemos recolectados cincuenta mil

pavos y hemos pasado a ser la crema de la sociedad.

Se interrumpió al oírse los desgarradores gritos de Steve, que más bien parecían los ruidos de una máquina mal engrasada. Por lo visto, el, matasanos estaba trabajando a fondo.

Corey carraspeó.

—Esta vez tenemos un herido para postre. Ése nos ha obligado a detenernos en este despeñaperros. Era de esperar que nuestros amigos de siempre nos dieran alcance.

Mikky tosió para pedir la palabra.

—Eso podía arreglarse liando ahora mismo el petate.

Duke le dirigió una mirada como si fuera una vaca en putrefacción.

—Eres el sujeto más duro de mollera que he visto en mi vida, Mikky. Y eso que te las das de avispado.

Mikky no rechistó.

Corey miró a sus hombres rostro a rostro.

—Ahora que tenemos una fortuna en las manos, se nos presenta la mejor ocasión de toda nuestra vida. Tenemos a nuestros enemigos al alcance de la mano. ¿Tenéis bien abiertas las ventanas?

Duke se hizo cargo de que el cuarteto de hombres no entendía palabra. Eran sólo cuatro palurdos que manejaban bien el gatillo.

Sacudió la cabeza pacientemente.

—La cosa está clara, hijos —continuó—. Las autoridades no cuentan porque a estas horas nos buscan por el otro punto cardinal. En cambio, esos hijos de perra que conocen nuestro modo de trabajar ya están sobre el olor de nuestras botas.

Mikky sonrió con jactancia y chascó la lengua.

—Ya veo la punta del asunto, jefe. Usted quiere que bajemos y nos los carguemos ahora mismo.

Corey suspiró encarado con Mikky. Todo el cerebro del tipo cabía en un dedal.

—Un día caerás muerto por el esfuerzo de pensar, hijo. —El jefe posó la vista en el hueco que dejaban sus pies—. Esa gente, se huelen unos a otros y no tendremos apenas trabajo. Ahora que el botín es de respeto, estoy seguro de que se eliminarán.

—¡Eso es una idea, jefe! —exclamó *Jet*.

—Me alegro de no encontrarme solo en mis proyectos —dijo Duke—. Ahora que lo sabéis, lo único que nos queda es esperar a

que sane Steve de la pierna. Le daremos al doctor un par de puñetazos para que aligere el trabajo. Mientras tanto, aguardaremos por si acaso alguien de la pandilla de bastardos tiene agallas para venir aquí solito.

Un balazo rascó la roca que tenían en el centro del corro y el proyectil se perdió con un aullido lúgubre en la lejanía.

—¡Dejad quietos los revólveres! —ordenó una voz profunda.

Duke y los cuatro hombres se volvieron hacia la voz.

Un hombre alto, delgado y de rostro sombrío avanzó hacia ellos a largos pasos.

—¡Joe el Profeta! —gritó Mikky, estupefacto.

La sorpresa de los demás no era menor.

Duke fue el primero en recuperarse.

—¡Miren por dónde viene nuestro hijo pródigo!

Joe le encañonó y soltó un gruñido.

—No estoy para bromas, Duke. Abre la boca para otra de tus sandeces y te hago tragar una píldora loca.

Duke respiró con fuerza.

—Bien, Joe. ¿Qué es lo que quieres?

En el rostro de Joe apareció una mueca que tenía cierto parentesco con una sonrisa. Aquel individuo había dejado de sonreír hacía mucho tiempo.

—Se rumorea por ahí que os llevasteis unos dólares del Alabama. Me gustaría tenerlos para mi colección. ¿No sabíais que yo era numismático?

Los de Duke Carey se quedaron parpadeantes ante la palabreja.

—¿Qué tenemos que ver con tu reumatismo, Joe? —exclamó Duke.

Joe el Profeta emitió un sonido ronco que le venía desde muy adentro.

—No te pases de listo, Duke. Me entiendes como si fuera tu madre. Os podía haber baleado por la espalda y luego llevarme la pasta. Pero hay algo que me entusiasma.

—¿Qué, Joe?

—El veros las caras retorcidas por la rabia, mientras me largo con el bocado del Alabama. ¡Infiernos, ese trabajo me lo quitasteis de las manos!

—¿Y por qué no lo hiciste tú, Joe? Duke quería ganar tiempo.

Sabía que a mitad de frase el «Colt» de, el Profeta escupiría plomos. Uno por cabeza.

—No pude hacerlo porque tuve las fiebres. Estuve así cuatro días. Pero ahora ha llegado el momento de curarme en salud.

Levantó el arma, pero nadie movió un dedo.

—¿Dónde está?

La pregunta quedó flotando en el aire unos instantes.

Entonces en el silencio de la montaña, sonó otro de aquellos quejidos espantosos de Steve desde la cueva.

Joe desvió la mirada instintivamente.

Duke reaccionó dando un salto.

Se dejó caer en el suelo y desde allí hizo fuego al mismo tiempo que Joe.

La bala de éste le arrancó un mechón de pelo, pero no se amilanó porque sabía que había colado un plomo en el hueso del pistolero.

El Profeta dejó caer el arma con una exclamación de rabia al ver que la muñeca se le doblaba por la fractura.

Duke soltó una carcajada.

—Tenemos un fantasma alquilado para estos casos, Joe. El pistolero herido vomitó un juramento.

—Debí contar con el puerco de Steve. Aún herido, me la ha jugado.

Duke Corey se incorporó radiante.

—¿No lo adivinas todo, Joe? ¡Debiste saber quién gritaba!

Joe soltaba una risita de denuestos, la indignación sobrepuesta al dolor de la fractura.

—¡Sois un hatajo de hijos de perra!

—Todos somos hermanos, hijo mío. No te pongas así.

Corey le dio al gatillo y la segunda bala hizo estallar la rótula de Joe. Éste se venció y tuvo que apoyarse en la roca que tenía al lado.

Duke encontró tan divertida la escena, que echó la cabeza hacia atrás y rió espasmódicamente, enseñando todas las piezas dentarias.

—¡Adivina tu porvenir, Joe! —gritó.

Joe se arrastró con los huesos rotos hacia el revólver caído, con la esperanza de utilizarlo con la zurda intacta.

Duke le dejó tocar la culata, y entonces disparó un par de veces más.

Joe abrió la boca para decir algo, pero al no poderlo hacer, se limitó a escupir con las últimas fuerzas hacia el hombre que acababa de matarle.

Luego cayó muerto.

Duke enfundó el arma después de cerciorarse de que nadie les vigilaba.

—Sacadlo de aquí, hijos.

En eso, el doctor apareció con una cuchilla niquelada para operar entre las manos.

—¿Qué batalla es ésta, señores?

Duke le hizo señas para que se calmara.

—No se preocupe, doctor. Siga su trabajo. A veces, nosotros también tenemos que hacer horas extraordinarias.

CAPÍTULO V

Jim Curtís gruñó aprobatoriamente desde su escondrijo mientras observaba a la desconocida que evolucionaba por el pequeño patio.

La chica estaría poco más allá de las veinte primaveras. Era morena, de cintura muy estrecha, lo cual hacia resaltar sus curvas maravillosas. Tenía las piernas largas, endiabladamente bien formadas. Su rostro de facciones exóticas aparecía ligeramente arrebolado a causa de los ágiles movimientos.

La chica hacía gimnasia.

Vestía unos pantalones cortos de mozalbete y allí no paraba la cosa.

Cada ejercicio que emprendía era un regalo para la vista de Jim.

Tuvo un rato que le dio por tocar con las yemas de los dedos las puntas de los pies.

Jim opinó que la gimnasia era lo mejor que se había inventado para las muchachas de buen palmito.

Ella cambió los movimientos por otros que consistían en aspirar profundamente el aire puro y montañoso de Abbot City y enarcó el busto al máximo.

Jim, desde el escondrijo, se agarró con fuerza a un tronco de árbol y contuvo una exclamación.

La muchacha quedó cejijunta unos instantes, como tratando de recordar el movimiento siguiente, y sonrió de modo encantador. Fue a por una cuerda, y sin sospechar que un hombre la observaba desde los arbustos de la valla, se puso a saltar a la comba con graciosa agilidad.

Jim Curtís se quedó de muestra.

La muñeca era como para batir un campeonato. Tenía lo suyo. Y tal vez algo de más. Cada vez que se movía demostraba que todo no

se había descubierto. Jim se juró, en el acto que era la mujer más estupenda con que había tropezado en su vida. Algo que, hecho a la medida, no quedaba tan bien.

El joven tragó saliva y procuró entornar los párpados por si el blanco de los ojos le delataba entre los arbustos.

Sin poder evitarlo, proyectó la cabeza hacia adelante.

La chica contaba en voz alta hasta treinta y seis. Curtís llegó a la conclusión de que el cuerpo humano era un milagro de solidez, pero si la nena no apretaba bien las correas, el día menos pensado tendría un serio disgusto con aquella gimnasia tan violenta. Un largo grito sonó de pronto cortando en seco las reflexiones de Jim.

El rostro de una mujer negra asomado a una ventana miraba hacia su madriguera.

—¡Hay un hombre escondido ahí, señorita Martín!

La encantadora joven dejó de dar saltos.

—¿Dónde, Belinda? —indagó, alarmada.

Jim se batió en retirada, pero su cuerpo de uno con noventa no era un garbanzo, y fue descubierto.

—¡Entre los arbustos de la derecha, señorita!

La señorita Martin soltó un gritito y se fue directamente a recoger una bata larga que echó sobre sus hombros.

—¡Salga de ahí inmediatamente! —gritó evidentemente indignada.

Jim Curtis suspiró saliendo del enredo de los arbustos y entro en el patio.

—Buenos días —sonrió.

La señorita Martin le midió de pies a cabeza.

—De modo que se dedica a espiar en casa ajena.

—Le aseguro que no tuve tiempo de ver ni la casa —tosió un poco al interrumpirse—. Estaba buscando la entrada y no la veía por ningún lado.

La señorita Martin entornó sus largas pestañas.

—Niegue ahora que no estaba emboscado mientras yo realzaba los ejercicios de gimnasia.

Jim meneó la cabeza.

—Oiga, encanto. No tiene por qué ponerse así. Le digo que trataba de orientarme cuando la vi…

—¡No de esas absurdas excusas, forastero! —cortó la muchacha

—. ¡Seguro que asomó la cabeza por ahí y no la pudo volver a su sitio! ¡Debí estar prevenida contra estas cosas!

—No veo nada malo en que presenciara sus ejercicios de gimnasia —replicó el joven—. La gimnasia es la salud puesta, en movimiento.

Los dos jóvenes se miraron en silencio. Ella trató de desentrañar el sentido de sus palabras.

Al fin dijo:

—Me gustaría saber qué es lo que le ha traído por aquí. Apuesto a que ahora le meto en un callejón sin salida. ¿Qué contesta?

Jim se adelantó.

—Aquí vive el doctor, ¿no?

La bella joven sonrió con desagrado.

—Ya me figuraba que saldría por ese hueco —rezongó—. El doctor es mi padre.

Jim hizo «ah» en silencio, y agregó:

—Quería que el doctor me diera un vistazo. Desde hace poco me encuentro bastante mal.

Ella le examinó con sospecha.

—Me parece que hoy no hay ninguna medicina que haya descubierto para el descaro. Eso no tiene cura.

Jim movió la cabeza pacientemente.

—Pero, señorita… ¿Ya vuelve otra vez a las andadas? Le aseguro que he venido con un propósito. Además, soy bastante aficionado a los ejercicios gimnásticos.

—Me gustaría saber si me está tomando el pelo —dijo entre dientes la chica.

Jim la miró de lado.

—He de decirle que en el ejército formaba parte del grupo de Educación Física. Era miembro voluntario.

—¿Sí?

—Puedo demostrarle que entiendo el asunto.

Ella le abarcó con la mirada.

—No me diga.

Jim tosió ligeramente.

—Ese movimiento de cintura… Flexión de espaldas, me refiero.

—¿Qué ocurre con él?

—Es algo defectuoso como lo hace usted.

La hermosa mujer apretó los labios.

—¿Qué nuevo cuento es ese que piensa colocarme?

—Lo dicho —recalcó Jim, y se acercó a la joven examinándola a su gusto—. Debe repetirlo con más frecuencia que el respiratorio. Se debe a que su cintura no está…, ¡ejem!, ¿cómo diría?, libre de ciertas sustancias adiposas.

—¿Qué está diciendo? —Se enfureció ella—. ¡Peso sólo cincuenta y ocho!

Jim se rascó la patilla derecha.

—Me lo creo —admitió.

Ella se rodeó la comba para que midiera como un cinturón.

—Véalo usted mismo —mostró la señal.

Jim se acercó más. Hubo un pequeño enredo de la cuerda en los pies de la chica y él la sostuvo una fracción de segundo mientras la ayudaba a desembarazarse del lazo.

El ligero contacto con ella produjo en Jim una rampa en la pierna derecha.

—Tiene razón —resolló él.

La señorita Martín sonrió triunfalmente.

—¿Se ha convencido? —dijo—. Ahora vuelva por donde ha venido y vaya en busca de otro doctor. Mi padre no ha llegado.

Las cejas de Jim se alzaron ligeramente.

—¿Dónde está?

La joven procedió a abrocharse la bata larga.

—Marchó ayer a Weendley para un caso difícil. Le esperábamos esta mañana, pero algo le debe haber retenido.

—Ya.

—¿Qué quiere decir «ya»? —preguntó la chica—. Puede buscar al otro doctor de la ladera. Le atenderá igual que mi padre. Aunque, si quiere saber la verdad, no creo una palabra de su afección. Fue un puro cuento para excusarse.

—Crees eso, ¿eh?

—Sí, señor…

—Jim Curtís.

—Sí, señor Curtís —continuó ella—. Y ahora, si hace el favor, no vuelva a asomar las narices por el patio cuando me dedique a mis ejercicios o tendrá realmente necesidad de que le vea el facultativo. Tengo a Frank el jardinero, aleccionado para casos como éstos.

—Frank, ¿eh? ¿Y quién es Frank?

Una voz gruesa y deforme anunció:

—Yo soy Frank. ¿Qué pasa?

Jim se volvió viendo acercarse a un sujeto de largos brazos peludos y cara espantosamente fea.

—Hola, amigos —dijo Jim.

—No soy amigo de usted, patas largas —dijo el de la voz ronca.

Jim le miró ceñudo.

—Oiga, encanto. ¿Esa cara es suya o la saca sólo cuando hay jaleo?

Frank emitió un rugido, poniéndose en marcha.

—¡Basta, Frank! —interrumpió la hija del doctor.

El jardinero se detuvo en seco.

—Como mande, señorita. Pero no sabe las ganas que tengo de pegar en la pared, como si fuera una piel de res, a un vagabundo de éstos.

Ella se dirigió al joven.

—¡Salga ahora mismo de aquí antes de que se lo eche encima!

Jim asintió, contrariado.

—No me gustan las violencias. Cuando venga otra vez por aquí, procure que tenga la cadena puesta.

Dicho esto, se alejó de aquel lugar.

Paseó unos minutos en dirección al pueblo.

En el primer local de bebidas encontró a Peter Manfield comido por la impaciencia.

—¡Menos mal que te encuentro a la primera tentativa! —dijo Peter.

—¿Ocurre algo, Peter?

El viejo le tiró de la manga metiéndole en el local.

—Ven aquí antes de que te vea.

Jim consideró el gesto de alarma que había en el semblante de Peter.

—Vacíate de una vez, abuelo. ¿Qué te duele?

—¿No oyes esa musiquilla que viene de la otra esquina?

Jim prestó atención y percibió el sonido alegre de un organillo portátil.

Curtís endureció el rostro y dijo, pensando en voz alta:

—Bob el Ciego.

CAPÍTULO VI

Peter Manfield se apretujó contra su joven compañero.

—La camisa no me toca, Jim.

—Procura no ponerte nervioso —dijo Jim, sin apartar la mirada de la calle a través de los cristales del local—. Todavía no sabemos si viene a interponerse en nuestro camino.

—¡Infiernos, muchacho, para estas cosas me las pinto solo! Desde que le he visto delante de la puerta de nuestro hotel, me he barruntado que quiere liquidarnos para tener vía libre hasta el botín en manos de Duke.

—Es muy posible —contestó Jim—. Pero será mejor darle cuerda. Que sea Bob el primero que respire. Si lo hace, trataremos de tomarle la medida.

Los dos hombres se acercaron a un punto del abarrotado mostrador desde donde por un hueco podían atisbar ocasionalmente la calle.

Pidieron dos vasos de *whisky* y se pusieron cara a cara.

—Eso demuestra que estamos en el buen camino —dijo Peter, con un atisbo de entusiasmo por debajo de la capa de temor—. La presencia de Bob no indica otra cosa.

—Ese cochino pistolero… —Jim bebió un trago de licor.

—Acertaste al decir que aquí nos encontraríamos todos. Un tipo que te vi esta mañana de refilón me pareció que era Joe el Profeta.

—Los cuervos se reúnen —dijo Jim, pensativo—. Hay algo nuevo que me inquieta en todo esto.

Peter alzó las espesas cejas.

—Dilo, hijo. No sabes lo que me intranquilizan tus rumores.

Jim examinó el fondo del vaso, y luego lo dejo sobre la superficie del mostrador.

—El capitán Flaherty declaró a la Prensa que posiblemente había un herido en la banda que asaltó el Alabama.

—No le veo la punta.

—Oye bien, Peter. —Jim dejó perder la mirada por el local—. Si llevaban un herido, Duke haría lo posible por curarlo. Ya sabes que los quiere a todos como si fueran hijos. Apenas me separé de ti, fui a casa del doctor.

—Sigue, muchacho.

—El doctor no estaba en su casa y le esperan desde ayer. ¿Vislumbras algo, Peter?

El viejo dejó el vaso con fuerza.

—¡Que me embadurnen con melaza, Jim! ¡Apuesto a que han raptado al doctor!

Jim asintió, cabeceando.

—Es posible que lo estuvieran esperando, y cuando uno de la banda de Duke lo vio llegar, le puso el «Colt» bajo las narices. Ahora debe estar vendando la herida del tocado.

—¿Dónde está el problema, Jim? —indagó Peter, con los ojillos entrecerrados.

Jim sirvió sendos tragos en los vasos de la botella.

—El doctor tiene una hija que es un verdadero bombón.

—¡Jim, me estoy echando a temblar! ¡No…!

—Procura bajar la voz… La chica vale lo suyo, y no sabes lo que me disgustaría que a su viejo le dieran matute. Duke le pagará con plomo apenas termine el servicio médico.

Peter escupió una maldición.

—De eso puedes estar seguro —dijo—. ¡Pero, muchacho, no podemos complicarnos más la vida! ¡Bastante tenemos en ciernes sobre nuestras venerables cabezas para que nos ocupemos de asuntos ajenos!

—Hay cosas que no se pueden pasar.

Peter soltó un gemido profundo.

—¡Por todos los santos; muchacho! ¡Sienta la cabeza! ¡Todos los buenos negocios se nos esfuman en cuanto se te cruza una buena hembra!

—Ésta es de otra especie. —Jim entornó los ojos, evocador.

—¡Muchacho, piensa en nosotros! No sé qué idea te baila en la cabeza, pero si quieres rescatar al, matasanos, para congraciarte con

la muñeca, grábate estas palabras: «¡No cuentes conmigo!».

Jim lo miró largamente.

—Está bien. Todo se andará. De todos modos, ni un batallón se podría acercar al campamento de Duke. Tendrá revólveres hasta en las pestañas.

Peter sonrió, aliviado.

—Así me gusta oírte hablar, hijo. Primero lo nuestro. Luego quedará tiempo para obras benéficas.

Se interrumpió para aguzar el oído por encima del murmullo de los clientes del local.

—¿Oyes ese condenado organillo, Jim? ¡Aumentó de tono!

Jim se mantuvo a la escucha.

—Está claro que el tipo se acerca.

Peter hizo visible la contorsión de un escalofrío.

—¡Sirve más *whisky*, hijo! ¡Esa musiquilla me saca los nervios del sitio!

Jim no hizo caso de las palabras de Peter. Estaba con la cabeza alta procurando ver lo que ocurría en la calle valiéndose del hueco de la ventana.

Entonces lo vio.

Bob el Ciego caminaba por la acera a pasos largos mientras daba vueltas al manubrio del instrumento que colgaba de su cuello con una correa. Una dama rellena pasó junto a él y depositó una moneda en el bote prendido en la correa.

Bob el Ciego se volvió para admirar las curvas de la mujer.

Luego cruzó la calle simulando buscar el camino por telepatía.

Jim cuadró las mandíbulas al verle la cara.

Bob era un tipo de rostro anguloso. Sobre el puente de la nariz llevaba unos anteojos negros que le daban el aspecto de un ave de rapiña.

Era alto y delgado. Estaría más allá de los treinta y cinco.

—¡Viene hacia aquí, Jim! —Peter tironeó la manga de su joven compañero.

—Sí, Peter. Nos ha olido. Ahora se quitará la careta y sacará a relucir el revólver.

—¡Podríamos darle el esquinazo, muchacho!

Jim denegó con la cabeza.

—Un día u otro teníamos que encontrarnos. Si quiere jaleo, lo

tendrá.

La musiquilla chispeante y suave del organillo se oyó en las puertas del local.

Había algo tan impresionante en el modo de acercarse aquella melodía que tanto Jim como Peter notaron los pies helados.

Se titulaba Las velloritas florecen poquito a poco, y los dos amigos sabían, que Bob nunca cambió la canción. Tenía obsesión por ella.

Bob entró en el local sin dejar de tocar.

Jim y Peter apoyaron la espalda en el mostrador.

Peter dijo por un costado de la boca:

—Siempre el cochino Bob. La mano que tiene dentro del chisme musical está empuñando el «Colt». Se hizo fabricar el instrumento a la medida para ese pequeño arsenal. Con la otra da vueltas a la manilla, pero sólo es para fascinarte la vista. Es de cuidado, Jim.

—Lo conozco mejor que a mi abuela. Puede tocar lo de las velloritas y balear al mismo tiempo a media docena de contrincantes.

—Vigílale la mano que tiene dentro del chisme, por favor, Jim.

La musiquilla pegadiza atrajo la atención de los clientes. Algunos echaron mano a la bolsa para sacar suelto, pero Bob sonrió y dijo:

—Gracias, señores. Ya me beneficiarán luego. Ahora toco por puro gusto. Nada más que para agasajar a estos amigos.

Jim y Peter recibieron las miradas divertidas de los clientes.

El joven compañero de Peter no apartaba la diestra del revólver.

—Hola, Bob.

—¿Todavía os acordáis de mí, muchachos?

Peter soltó un escupitajo.

—El que te ve una vez ya no se olvida en la vida. A partir de entonces le salen erupciones.

Bob el Ciego rió a gusto.

Jim hubiese dado un brazo por ver la expresión de las pupilas detrás de aquellos cristales oscuros.

—Bien, muchachos —continuó Bob—. Me enteré de que estabais aquí y he querido saludaros…, con un poco de música.

Una de las chicas que animaban el local cruzó cerca de Bob y éste la contempló por encima de las gafas.

—¡Infiernos, qué manera de nutrirse!

El comentario arrancó una carcajada a los clientes del local que presenciaban el diálogo entre Bob y los dos forasteros.

Un pelirrojo de rostro disipado rió volviendo la cabeza.

—Este tipo tiene tanto de cegato como yo de reverendo.

Otros cuantos rieron acompañados por la chica que estaba también en el corro.

Peter lanzó otro salivazo haciendo blanco en un agujero del entarimado. Pero Jim le impidió que tomara la palabra.

Bob lo advirtió y compuso un gesto de pesar.

—La verdad, señores, es que cada día tengo menos vista.

—Será porque no te lavas las legañas —espetó Peter, fuera de sí.

La gente soltó grandes risotadas, aumentadas por el gesto hosco de los dos forasteros que contemplaban al ciego.

Jim se separó del mostrador.

—Habla de una vez, Bob. ¿Qué quieres?

Bob ladeó la cabeza.

—Esto mismo, Jim. Tenerte delante de mí. No sabes lo que me ha costado dar con vosotros. Ahora no pienso desperdiciar la oportunidad como otras veces.

—Quieres ir a las armas, ¿eh, Bob?

Se hizo un súbito silencio.

El pelirrojo estaba boquiabierto. Se volvió hacia atrás.

—No digiero el asuntejo, chicos. ¿Qué se cuece aquí?

Nadie le respondió. Un tipo menos duro de mollera podía oler sangre en la atmósfera.

Bob rió con la boca cerrada.

—Bueno, Jim. Lo haremos bien hecho. Tú y el abuelo sacáis al mismo tiempo.

—¡No metas a Peter en esto! —Alzó la voz Jim, lleno de furia.

Bob rió con la boca abierta.

—Es la primera vez que te veo con los nervios en punta, Curtís. Y no sabes el espectáculo que es para mí. Otras veces me ha tocado rabiar. Lo bueno es que ahora ya no tendrás ocasión de reír. En el infierno no se ríe.

—No, Bob —dijo Jim, con las mandíbulas apretadas—. No se ríe en el infierno.

Bob se desembarazó del organillo.

—Para que veas que no quiero efectos especiales…

Alargó el instrumento a un fulano con cara de torta que estaba entre los espectadores.

El silencio se agravaba cada vez más.

Bob tosió con la mano delante, mostrando el «Colt» que ya empuñaba desde dentro del organillo.

—Este jovencito tocará un poco con la manilla, ¿eh, Jim? —De acuerdo.

Bob se humedeció los labios.

—Cuando él quiera detendrá el movimiento. Al acabar las velloritas hacemos fuego. ¿Vale, Jim?

Jim Curtís asintió sin despegar los labios.

Bob se colgó el revólver entre el cinturón sin funda y volvió la cabeza.

—¿Oyes, rubio? ¡Empieza a tocar!

El tipo se quedó pálido como un cadáver y el temblor de sus piernas era patente a todos los circunstantes.

Se las compuso para rodar la mano, y la música Las vellorias florecen poquito a poco sonó muy lenta, como si fuese un réquiem.

Las frentes de los que presenciaban el planteo del duelo se perlaron de gruesas gotas de sudor.

La canción se metía en los huesos y daba escalofríos.

Bob lo pasaba enorme.

Rió con fuerza y el tipo del manubrio entendió mal y cesó de tocar.

Los revólveres de los dos antagonistas retumbaron al mismo tiempo.

La bala de Bob despeinó a Jim y dibujó una rara estrella en el espejo del fondo del mostrador.

Bob había cambiado la expresión al parecer por el fallo cometido.

Miró el impacto en el espejo, y luego trasladó la vista al agujero que ostentaba en el centro de la camisa, abierto por el plomo de Curtís.

Bien. Curtís le había dado una ración. Ahora sólo consistía en dejarse vencer y vaciar el resto del revólver. Así irían los dos juntos a la eternidad.

Empezó a levantar el arma, pero notó que había aumentado

notablemente su peso. Parecía sumar un kilo a cada segundo que pasaba. Hizo un esfuerzo por enderezar la directriz del cañón, pero el «Colt» tenía ya un peso inverosímil. Bob miró la extraña arma sin comprender que eran las propias fuerzas las que se le escapaban, y de pronto todo se hizo negro.

Jim lo vio caer de cara y rebotar contra el piso de madera.

Capítulo VII

El tipo que le había dado al chisme puso los ojos en blanco y cayo desmayado con la caja musical encima.

La chica jaleada por Bob minutos antes también tuvo su parte abriendo la bocea y soltando un grito agudo como un cuchillo.

—¡Te lo ha cargado, Jim! —gritó Peter, dando un salto de alborozo.

Jim tenía la mirada velada por una extraña pátina que aparecía en sus ojos en ciertas ocasiones. Dejó de contemplar al caído Bob y enfundó el «Colt» en un movimiento de precisión mecánica.

—Estaba en juego su vida o la nuestra, Peter.

—¡Infiernos, parece que te sepa mal!

Los batientes del saloon se abrieron impetuosamente.

—¡Que nadie se mueva de donde está! —gritó un fuerte vozarrón, *sheriff* de Abbot City, a juzgar por la estrella que lucía en el tórax, irrumpió seguido de un ayudante.

Se hizo cargo del desaguisado y se dirigió hacia el joven forastero a quien miraban todos.

—Apuesto a que ha sido usted.

—Sí, *sheriff*.

—Y me juego el sueldo también a que va a decirme que fue en defensa propia.

Jim lanzó una mirada circular hacia los espectadores.

—Un montón de gente lo puede decir. Así no puede perder nunca, *sheriff*.

El representante de la ley se retorció el bigote entrecano con ira mal contenida.

—Desde hace unas horas percibo en el ambiente de esta ciudad algo que no me gusta.

—¿El qué, *sheriff*? —se interesó Jim.

—¡Usted es una de las cosas, forastero! —Y agregó mirando a Peter—: Y este vejete, otra.

Peter se puso una mano en el pecho y abrió los ojos.

—¿Yo, *sheriff*? —exclamó—. ¡Si no hago nada, infiernos!

El *sheriff* les dedicó sendas miradas de enjuiciamiento.

—Los he visto danzar de un lado a otro y meter las narices en todas partes. ¡No crean que me pase nada desapercibido!

—Lo supongo, *sheriff* —comentó Jim, respetuosamente.

La autoridad de Abbot señaló el cadáver.

—Para colmo, aparece este ciego que no es tal ciego, y se lían a balazos así por las buenas.

—Está cargado de razón, *sheriff*, —apoyó Jim.

El hombre del bigote y la estrella rugió de pronto.

—¡No me de coba! ¡Y ahora, dígame! ¿Por qué se han dado el gusto con el «Colt»? ¡Necesito saberlo ahora mismo!

Peter simuló sonrojarse.

—*Sheriff*, hay mucha gente delante.

El representante de la ley masculló una maldición.

—¡Les espero después en la comisaría! ¿Oyen bien? ¡No salgan del pueblo sin decirme adiós o sabrán quién es el *sheriff* de Abbot!

Jim y Peter se desposeyeron de los sombreros respetuosamente cuando el *sheriff* dio una vuelta brusca hacia la puerta salpicando órdenes para sacar al muerto.

Aprovecharon la ligera confusión del levantamiento del cadáver para escurrirse hacia los batientes.

Ya en la calle, Peter se enjugó el sudor del rostro.

—Estas cosas son las que me matan poco a poco —respiró con fuerza—. Los *sheriffs* de estos poblachos tienen algo que me resiente el reuma y los nervios.

—Necesitas descanso, abuelo. Eso es todo. ¿Por qué no te vas al hotel?

Peter asintió.

—Es lo que voy a hacer, hijo. Entretanto, procura no armar más embrollos. Cuídate, Jim.

Curtís lo palmeó en la espalda poniéndolo en marcha.

Jim lo vio alejarse y al continuar hacia el otro lado de la acera, casi tropezó con la bella Betty Martin.

—Ahora me doy cuenta para qué quería un doctor.

Betty tenía un leve tono de sarcasmo en la voz.

Jim se descubrió ante la mujer.

—¿No se sabe nada de su padre? —dijo.

Ella apretó los rojos labios.

—Usted tiene cierta facilidad para dar un giro cuando no le conviene hablar de ciertas cosas. Pero yo le he pillado el truco a la primera.

Jim respingó aliviado.

—No sabe lo que me alegra que empiece a conocerme —dijo ella —. ¡Pues si quiere que le diga más ya sabía del pie que cojeaba apenas le vi! ¡Su aspecto de matasiete es inconfundible!

—Señorita Martin… —empezó Jim.

—¡No me interrumpa cuando hablo!

Jim resopló dejándose caer en la columna que sostenía el cobertizo.

—No sabe lo que me alegra estar de palique con usted, encanto. Hable por los codos.

La muchacha lo miró de arriba abajo como si quisiera descubrirle los remiendos de la indumentaria.

—Me acaban de contar que ha estado muy próximo a la tumba, señor Curtís. La gente como usted acaba tendida en el suelo. Hoy ha tenido suerte. La suerte de todos los pistoleros. Pero la próxima vez no necesitará cuidados de un doctor.

Jim abrió la boca para replicar, pero ella le dio la espalda andando rápidamente hacia la tienda de vestidos.

Entonces descubrió a Frank, el jardinero, que le sonreía apoyado en otra columna y con la uña arrancaba gruesas astilla de madera.

El tipo se moría de ganas por ponerle encima las manazas Jim escupió ostensiblemente y se largó acera adelante. Frank se despegó de la columna y atravesó la calle saliéndole al paso.

Jim se detuvo.

—Tiene ganas de gresca, ¿eh, Apolo?

Frank rió acercándose a la puerta de una tienda de flores.

—Así me gusta, verle perder el color cuando se encuentra con un hombre de pelo en pecho. Sólo iba a ver las flores de Buddy, ya sabe, es lo mío.

Jim gruñó asintiendo.

—Está bien, contemple las orquídeas.

Jim fue a pasar.

Entonces el feo Frank lo cogió por una manga.

—¿Es que le sabe mal?

Se veía a la legua que se desvivía por provocarlo.

Jim lo miró admonitorio.

—Frank —dijo—, aparte esa garra de mi camisa. Si aprieta más el botón saldrá un feo muñeco de todo esto.

Frank parpadeó.

—No comprendo el refrán —dijo—. Oiga, me gustaría que me aclarara algo.

—¿El qué, Frank?

—¿Qué puede hacer un hombre de pelo en pecho para que usted se arranque? Se ve que, aparte del revólver, no conoce otra clase de lucha. —Chascó la lengua—. Es lo que les pasa a todos. Con las armas son muy valientes.

Jim contó hasta diez.

—¿Has venido a guardar a la linda Betty o a darme la réplica, Frank?

El jardinero sonrió satisfecho.

—No le sepa mal, forastero. Se cuentan por docenas los que se tragan la lengua cuando les planto cara. Usted es del montón, pero no puedo evitar darle esto para que adquiera en el futuro más redaños.

Jim lo miró con fijeza.

—¿Qué me va a dar, Frank?

—Esto.

Alargó la manzana y pellizcó el pellejo de Jim situado en la región del hígado. Antes de que la cosa llegase a más, Jim le pegó un revés en la frente que sonó a hueco.

Frank sonrió con cierta sorpresa.

—¿Esas tenemos?, ¿eh? —dijo—. ¡Pues se la ha ganado!

Jim no pensó ni por asomo parar la acometida de Frank. Se apartó rápidamente.

Pero el rudo jardinero, rió al pillarle la trampa y lo atrapó con la izquierda para ponérselo a punto. Entonces soltó el puño derecho.

Jim montó guardia, pero aquel puño en forma de bólido no respetaba nada. El golpe le resbaló por el brazo y alcanzó su

hombro.

Jim saltó dando varias vueltas y frenó la carrera contra la pared de la floristería.

—¿Le gusta, pimpollo? ¿Qué tipo creyó tener delante?

Jim recuperó la forma de inmediato y le presentó batalla.

El fornido Frank saltó rechinando los dientes, tratando de cazarlo entre sus manazas.

Jim obró en consecuencia.

Le tiró un golpe bajo, hundiendo el puño en sitio blando.

Frank retembló un poco y antes de que pudiera hacerse cargo de lo que pasaba, recibió un trallazo de Jim Curtís en plena oreja.

Frank salió disparado de lado y entró en la floristería.

El joven jadeó en la acera y esperó a oír el sonido de cacharros rotos. Luego, entró en la tienda en busca de Frank.

El jardinero se apartó con rabia del rostro unos pétalos de rosas canadienses y rugió al ponerse en pie de un brinco.

—¡Va a quedarse marcado, tramposo! —dijo.

Jim le cortó el paso y arremetió contra él antes de que lo llegara a abrazar para molerlo.

Cambió un par de golpes con él y fue Jim quien salió esta vez yendo a estrellarse de costado contra el surtido de siemprevivas.

Buddy, el dueño de la tienda, gritó a voz en cuello:

—¡Por el amor de Dios, señores! ¡Salgan de la tienda! ¡Me lo están destrozando todo!

Frank rió salvajemente.

—¡Te repondré de las pérdidas con flores de mi jardín, Buddy!

—¿Por qué no habéis de salir? —gimió Buddy.

Pero ninguno de los dos hombres le escuchaba, enzarzados en un cuerpo a cuerpo.

Frank se desprendió de Curtís de un empellón combinado con los nudillos.

Jim hizo estallar con la espalda una vitrina de begonias japonesas.

A través del fragor de la rotura, Frank exclamó:

—¡Ha de ser aquí, Buddy! ¡Quiero muchas flores para el entierro de este tipo!

Jim se lanzó hacia él con la cabeza baja.

El gigantón entendido en jardinería vio el cielo abierto y fue a

golpearlo en plena nuca.

Pero Jim se detuvo dejando ir un puño bajo las costillas del contrincante.

Éste se puso cárdeno y luego amarillo. Se apoyó con dificultad entre los ramos de Varas de San Anselmo y se recuperó gracias a que una de ellas le hizo cosquillas en la nariz.

Jim se plantó delante de él y le conectó un derechazo en plena cara.

La víctima pasó como un huracán y barrió el muestrario de cebollas de crisantemos empotrando la cabeza dentro de una cesta de alhelíes.

Buddy abarcó los destrozos con la vista y después de boquear varias veces soltó un raro sonido y cayó sin sentido detrás del pequeño mostrador.

Jim esperó en vano los movimientos de Frank, quien empezaba a roncar la inconsciencia de los golpes.

Curtís se limpió en la manga los pelados nudillos en carne viva y arrancó lo que le quedaba de manga derecha, poniendo al descubierto su musculoso brazo.

Después dio media vuelta y renqueó hacia la salida escupiendo sangre. Se restañó la que le salía por la comisura.

Betty estaba a la puerta de la tienda de vestidos y en sus ojos había una expresión de espanto.

Un tipo con cara de ratón rió con fuerza.

—¡Ha ganado el forastero! ¡Pero Frank lo ha dejado para que se haga cargo de él el servicio de incendios!

—¡Cuidado, señor Curtís! —gritó repentinamente Betty, desde la tienda.

Curtís se volvió con presteza y alcanzó a ver el brillo de un «Colt» entre los dedos de uno de los espectadores.

Se tiró al suelo y accionó el gatillo sin desenfundar. Las detonaciones fueron acompañadas por las convulsiones del tipo que intentó atentar contra Curtís.

El asesino cayó de bruces en el polvo en medio de la consternación general.

Alguien le dio vuelta con el pie, pero nadie habló de reconocerlo.

Sólo Jim Curtís lo identificó como Milton Dexter.

Era uno de los hombres de la banda de Duke Corey.

CAPÍTULO VIII

Mikky Wood dejó caer el revólver sobre la cabeza del doctor Martín y el anciano se desplomó como un saco. —¿Por qué has hecho eso Mikky?— gritó Steve, desde la improvisada cama de la cueva.

—Tenía que meterse en la conversación a cada paso —gruñó el forajido—. Ya sabes que nunca me gustaron los matasanos. Uno de ellos me hurgó la oreja de pequeño y estuve sangrando una semana como si fuera una res. Siempre me acordaré.

Steve se incorporó con las manos.

—¡No debiste hacerlo, Mikky! ¡Lo necesito para que me cure!

—Si hubiese seguido con mi ungüento de lagarto macerado, ya estaría en pie. Obra milagros.

Duke Corey entró en la cueva con el gesto anguloso.

—¿Has terminado de hacer de las tuyas, Mikky? ¡No quiero que muevas un dedo sin que te lo diga yo! ¿Me entiendes?

Mikky levantó la cara mirando descaradamente a Duke Corey.

—Está claro que usted y yo no nos entendemos, jefe. ¿Sabe lo que he pensado?

—¿Tú has pensado, Mikky?

—Sí, jefe. Tengo proyectado que me largue mi parte. En cuanto toque los ocho mil dólares que me corresponden me marcharé con viento fresco.

Corey observó largamente al individuo.

—Sabía que no tardarías en salir con una de ésas —dijo—. Bien, Mikky. Sería capaz de darte el dinero ahora mismo si supiera que no ibas a descubrirnos enseñando los billetes por ahí. Apuesto a que pillarías una borrachera.

—No le importa a usted lo que pueda hacer, jefe. Ya le he dicho

que desde ahora puede borrarme de la lista.

Corey contuvo a duras penas la ira que empezaba a dominarle.

—Sal de aquí, Mikky —resolló—. Hablaremos más tarde de esto. Puedes estar seguro.

—Estoy por ahí afuera, Corey —dijo Mikky.

Y salió dejando a Corey y a Steve Pearce pensativos.

—Este chico necesita un buen control —dijo Corey. Luego sonrió hacia Steve— Lo que voy a decirte te va a poner bueno en poco rato.

Steve abrió los ojos.

—¿Buenas noticias, Duke?

—Ya podemos tachar a Bob el Ciego de la lista de enemigos. Ha muerto.

Steve dio un salto.

Duke Corey le puso al corriente de lo que le habían dicho acerca del duelo entre Jim y Bob el Ciego.

Steve saltó de gusto.

—¡La cosa se pone imponente! —gritó, excitado—. ¡Lástima que Milton no haya podido zanjar toda la historia cargándose a Curtís!

Duke meneó la cabeza, pero estaba sumamente complacido.

—Ha sido una buena ocasión, pero Milton no valía nada con el «Colt». Casi es mejor que se lo haya cargado Curtís.

—¡Canastos, ahora la cosa se simplifica mucho!

Duke alzó las cejas.

—Sí, muchacho. Curtís está acabado después de la lucha. Los dos quedaron para el arrastre. La verdad es que ahora está a punto de caramelo para un revólver de categoría.

—Continúa, Duke —exclamó Steve, maravillado ante el panorama.

Corey se echó a reír.

—La puntilla para Curtís ha sido el amor.

—¿Qué dices? ¿Faldas a la vista?

—Éstas son de otra clase —comentó Duke, con filosofía—. ¿Ves éste, matasanos con cara de sapo romántico?

Steve desvió la mirada hacia el inconsciente Martín.

—Sí.

—Pues ahí donde lo ves, tiene una hija que está para levantar un muerto. Curtis se ha tropezado con ella y está que se le cae la baba.

Testigos que los han visto juntos dicen que él y ella se quedan hechos jalea cada vez que se encuentran.

—¡Infiernos!

—Sí. Aunque lo disimulan pegando gritos. El jaleo del jardinero tuvo que ver con el enredo este.

Steve quedó aturdido de tantas novedades.

—Duke —respiró—. Creo que no vamos a tardar en estar libre para la marcha. Las cosas se ponen inmejorables.

Jet Barryet entró gritando con los ojos fuera.

—¡Jefe! ¡Mikky se larga con la pasta!

Corey soltó un juramento espantoso y salió como una flecha de la cueva.

—¿Dónde está? —Sacó el revólver, pero le contestaron con un estampido.

—¡Aquí, Duke!

Mikky rió con fuerza desde el caballo que empezaba a espolear, y soltó otro pildorazo.

Duke se echó al suelo y replicó al fuego buscando la silueta del traidor.

—¡Nos ha desarmado primero! —gimió *Jet*, escondido tras un pedrusco que lo cubría precariamente.

—¡Pandilla de papanatas! —vociferó Duke, comido por la rabia.

Afinó la puntería hacia lo poco que se veía ya de Mikky y apretó el disparador.

Mikky abrió los brazos y dejó caer el arma.

Duke y los otros observadores rugieron de entusiasmo.

—¡Se lo ha cargado, jefe! —gritó el delgado llamado Ed Cronin —. ¡Un milagro de diana!

Duke se apoyó en el suelo acometido de un enorme cansancio.

El conjunto de idiotas que dirigía había estado a punto de dejar escapar la fortuna.

Alzó la cabeza.

—Traer la pasta a mi lado, chicos. Y por si acaso, le metéis un par de balas en la nuca a ese bastardo.

Jet Barryet y Ed Cronin saltando por entre las piedras hacia el lugar donde Mikky había arrojado sus revólveres. Se apoderaron de ellos sobre la marcha y llegaron al lugar donde había caído Mikky.

Desde el lugar en que se encontraba Duke, éste no podía ver a

Mikky, pero ahora, el caído levantó un brazo y sus dedos sarmentosos se movieron como pidiendo por su vida.

Barryet y Cronin lo apuntaron con los revólveres, sin decidirse a apretar el gatillo.

Entonces, Duke gritó:

—¡Fuego con él, chicos!

Los dos revólveres saltaron en las manos de los forajidos mientras vomitaban plomo.

El brazo de Mikky se estremeció y luego descendió bruscamente.

El aire se llevó el humo de la pólvora y entonces Barryet volvió la cabeza hacia la entrada de la gruta.

—Está liquidado, Duke.

—Traed las bolsas, malditos seáis.

Cogieron cada uno una y se llegaron al lado de Duke depositando las bolsas de cuero a sus pies.

—¿Qué os parece? Mikky quería llevárselo todo. —Miró hacia el lugar donde se encontraba el cadáver y escupió—: Ahora está en el lugar justo. ¡En el infierno!

Steve apareció en la entrada de la gruta. Sus piernas casi se doblaban. Había llegado hasta allí apoyándose en la pared.

—¿Qué pasó, muchachos? —dijo.

Duke volvió la cabeza.

—Maldito seas, Steve. ¿Por qué te has movido?

Steve levantó el revólver que tenía en la mano.

—No podía consentir que me dejasen limpio. Ya llevé un balazo por ese dinero.

Duke sonrió.

—No te preocupes, muchacho. Mikky está muerto y las bolsas siguen aquí.

De pronto les llegó la voz del doctor Martín:

—Todo el mundo quieto. Tengo un revólver en la mano.

El doctor emergió de la zona oscura. Efectivamente, esgrimía con la diestra un revólver de cañón corto.

Steve era el único que en aquel momento tenía el arma lista para disparar y empezó a volverse.

El doctor hizo fuego y la bala pasó a escasas pulgadas de la cabeza del herido.

—Va en serio, muchachos —advirtió Martín—. Fuera ese «Colt».

Steve abrió la mano y el arma cayó al suelo.

Duke se echó a reír mirando al galeno.

—Caramba, doctor, no sabía que fuese usted un héroe.

—Ustedes son los asaltantes del Alabama.

—Oiga, doctor, ¿sabe que es usted inteligente?

—Van a venir conmigo.

—¿Adónde, doctor?

—A Abbot City.

—No queremos ir a Abbot City, doctor. Nuestro destino es México o quizá nos animenos a ir a California.

—Norman Givern, el *sheriff* de Abbot, se ocupará de ustedes.

—Está bromeando.

—Prepárense. Nos vamos, pero antes cogerán los revólveres uno a uno y los arrojarán lejos, hacia la barranquera.

—Espere un momento, doctor —dijo Duke—. Usted va a recibir lo suyo, y ya sabe a lo que me refiero. Le pagaremos cien dólares por su trabajo con Steve.

—No quiero su dinero.

—No sea estúpido. Apuesto a que ningún paciente le pagó nunca cien dólares por hacer menos.

—Mi respuesta sigue siendo negativa, Duke. De modo que ahórrese la saliva. Ustedes son unos forajidos. Cumplí con mi deber de médico atendiendo a su amigo Steve y ahora he de cumplir mi deber de ciudadano.

—¡Qué grande es usted, doctor! —sonrió esta vez Duke.

Y de pronto, alargó el brazo y golpeó en el estómago a Barryet.

Jet se dobló lanzando una maldición y cayó hecho un ovillo en el suelo.

Duke se dispuso a pegarle un puntapié, pero el doctor le amenazó.

—Ya basta, Duke.

Duke se quedó con la pierna medio encogida, y luego soltó un escupitajo hacia Barryet, pero no le acertó.

Barryet alzó la cara con ojos llorosos.

—¿Por qué me pegas, Duke?

—Te advertí que te ocupases de registrarlo todo.

—Lo hice.

—Pero no registraste su maletín.

—Te puedo jurar que sí. No guardaba ningún arma.
El doctor Martín dejó oír su voz:
—No le recrimine, Duke. El revólver es muy pequeño y lo llevaba escondido en un doble forro del maletín. Probablemente, usted tampoco hubiera notado su existencia.
Duke miró con ojos irónicos al galeno.
—¿Y por qué no lo sacó antes, doctor? Lleva con nosotros dos días.
—Ustedes eran muchos entonces, pero ahora sólo son cuatro. Lo mío no es manejar el revólver, pero ahora me he decidido porque la ocasión se presentaba favorable.
—Yo no lo juraría, doctor.
Justo en aquel momento, sonó un estampido. Era Barryet quien había disparado desde el suelo aprovechando que el doctor estaba mirando a Duke.
La bala golpeó contra el pequeño revólver que Martín esgrimía y se fue por los aires.
Duke soltó una risotada.
—El truco ha servido.
Barryet se levantó riendo espasmódicamente.
—Lo inventé en Amarillo. ¿Te acuerdas, Duke? Y la primera vez también surtió efecto. Ese golpe en el estómago no falla. —Se acarició la panza con la mano libre—. Pero esta vez pegaste demasiado fuerte.
—Es así como se lo tragan mejor.
El doctor se estaba frotando la mano con la que había esgrimido el arma aun cuando Barryet le había despojado del revólver sin rozarle siquiera la piel.
—Son ustedes unos desalmados, pero acaben de una vez conmigo.
Duke se acercó al médico esbozando una sonrisa.
—No, doctor. No puedo acabar con usted. Steve lo necesita.
En ese momento, Steve se dejó caer en el suelo.
—Otra vez me vuelve a sangrar la herida.
Le miraron el vendaje que, efectivamente, estaba rojo.
Duke atrapó el doctor por las solapas de la chaqueta.
—¿Qué dice a eso, doctor? ¿Qué clase de tapón le ha puesto al agujero que otra vez se pone a sangrar?

—Ha sido culpa suya. Se ha puesto a andar. Le advertí que debería estarse quieto.

Duke le pegó un puñetazo en la boca, y como lo dejó libre con la otra mano, Martín se fue contra la pared y se desplomó en el suelo.

El médico no perdió el conocimiento. Sacudió la cabeza y se restañó un hilillo de sangre que le salía por la comisura de la boca con el dorso de la mano.

Duke lo señaló con el dedo.

—Esto le indicará lo que estoy dispuesto a hacer con usted, matasanos. Hágale otra cura a Steve, pero procure no fallar ahora. Andad, muchachos, transportad dentro al chico.

Barryet y Cronin cogieron en brazos a Steve, el cual protestó:

—¡Cuidado! ¡La pierna!

Los dos hombres lo llevaron suavemente hasta el interior de la gruta, y el doctor Martín fue detrás. Pasó junto al revólver caído y se detuvo un instante.

Duke dijo, volviéndose:

—Ande, doctor, atrévase a cogerlo y le juro que, aunque nos quedemos sin médico, le parto la espina dorsal.

Martín continuó su camino al interior de la cueva.

Duke tomó las bolsas y entró también alcanzando en el camino el revólver.

El doctor empezó a quitar el vendaje que cubría la herida de Steve.

Barryet se rascó una patilla.

—Oye. Duke, ¿y si construyésemos una camilla? Ahora tenemos un par de caballos para poderlo transportar.

—Hay algo mejor que eso. Te vas a llegar al pueblo, Barryet, y allí comprarás una galera.

—¡Caramba! Es cierto. ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

—Porque tenéis la cabeza llena de serrín. —Duke se golpeó el pecho con la mano—. Es a mí a quien se le tiene que ocurrir todo. ¡Maldita sea! Me gustaría saber qué clase de borrachera tenía yo cuando decidí incluiros en mis planes. Debió ser muy grande. Palabra que sí.

CAPÍTULO IX

Jim Curtís y Peter Manfield se encontraban en la habitación que habían alquilado en el hotel Parnaso.

El joven se hallaba ocupado sobre el lavabo en pintar una venda de rojo para lo cual mojaba una pequeña brocha en un bote.

Peter estaba durmiendo, y ahora despertó estirando los brazos. Se puso en pie y al acercarse a Curtís frunció el ceño.

—¿Qué es lo que haces, Jim?

—Quiero ir a casa del doctor, y teniendo en cuenta lo que pasó anteriormente, sólo me atenderán si demuestro que estoy herido. Anda, Peter, átame esta venda.

—Demonios Jim, parece que te hayas desangrado.

—Un poco de exageración nunca está de más.

Peter le ató el vendaje.

—Oye, Jim, no lo harás por esa chica, ¿eh?

—¿Quién dice eso? Estoy harto de las mujeres. Sólo sirven para que uno se meta en líos.

—Así me gusta, muchacho. Cuando hayamos echado mano al botín de esos tipos, tendrás tiempo de platicar con rubias, morenas y pelirrojas.

Jim le pegó una palmada con la mano supuestamente herida, y al darse cuenta, movió la cabeza.

—Habré de tener un poco de cuidado. Date una vuelta por el pueblo, Peter. Es posible que algún otro miembro de la banda se deje caer por aquí.

—Descuida. Jim. Seré un águila. En cuanto me eche un poco de agua por la cara me pondré a vigilar todos los rincones.

Jim sacudió la cabeza y salió de la habitación.

Minutos más tarde cruzaba el jardín de la casa del doctor

Martin. La otra vez había ido por detrás, abriéndose paso por la alambrada y los arbustos que circundaban el patio, pero ahora se trataba de otra clase de visita.

Dejó caer el aldabón dos veces y apoyó las espaldas en la pared poniendo cara de medio muerto.

La puerta se abrió.

—¡Socórrame! —dijo.

Se volvió hacia el hueco y estuvo a punto de pegar un grito porque vio allí la cara de la negra.

—¡Un doctor Juanita!

—No me llamo Juanita, señor. Mi mamá quiso ponerme Resesvilda, pero mi papá eligió Eugenia.

—Por favor, Eugenia. El doctor… Me desangro…

Mostró el brazo en que se había puesto el vendaje lleno de pintura roja.

—¡Santo Dios! ¡Virgen santa! El doctor no está… Todavía no regresó.

Se oyeron pasos rápidos.

—¿Qué pasa Eugenia?

Era la voz de la encantadora señorita Martin, y al oírla, Jim sintió un tembleque.

La negra se volvió, diciendo:

—Un herido, señorita.

Betty Martin salió al porche. Para entonces, Jim ya había cerrado los ojos y apoyaba la cabeza en la pared como si estuviese a dos pasos de la muerte.

—¡Usted! —oyó decir a la joven.

Él abrió los ojos.

—Estoy muy malo, señorita Martin. Esto es el final.

—¿Qué le pasó?

—Su padre…

—¿Mi padre lo hirió?

—Quiero decir que su padre debe curarme.

—Él no llegó aún. Ayúdeme. Eugenia, lo llevaremos al gabinete.

—Gracias, gracias —dijo Jim.

Y cuando vio que la negra se acercaba se venció sobre el lado en que se encontraba la joven pasándole un brazo por la cintura.

Entre las dos mujeres llevaron a Jim a la habitación donde el

doctor tenía instalada su consulta. Durante el camino, Jim permaneció bien cogido a la joven sintiendo que su corazón galopaba más aprisa.

—Tiéndase, señor Curtís —dijo la joven.

Jim abrió los ojos dándose cuenta ahora de que se había metido en una trampa que él mismo había armado.

—Calienta agua, Eugenia —dijo la joven, mientras se desabrochaba los botones de las mangas y se las subía.

La negra desapareció por la puerta.

Jim se había sentado en el diván y estaba con la boca abierta, contemplando a la joven.

—Vamos, le he dicho que se tienda —dijo Betty.

—¿Sabe que me encuentro un poco mejor? —Jim forzó una sonrisa—. Creo que ya no necesito tan urgentemente una cura.

—Esas mejorías son aparentes. Se ve que ha perdido usted mucha sangre.

La joven fue hacia él, y poniéndole las manos sobre los hombros le dio un tirón hacia atrás.

Jim tuvo oportunidad de conocer que los ejercicios gimnásticos habían dado mucha fuerza a la joven.

—Traiga ese brazo —la oyó decir—. He de quitarle el vendaje.

—No lo haga, señorita Martín.

La muchacha le puso una mano en la frente. Jim observó las curvas de la joven que estaban más próximas.

—Tiene usted fiebre, señor Curtís —dijo Betty.

—No es por lo que usted cree, señorita Martín —repuso Jim.

La joven alargó la mano y tomó unas tijeras.

—Traiga acá ese brazo de una vez.

Acompañando las palabras con la acción, se lo atrapó y dio otro tirón fuerte. Jim giró bruscamente y quedó boca abajo.

—¿Eh? ¿Qué es lo que hace, Betty? ¡Cuidado! ¡Me va a partir el hueso!

La joven había logrado hacerle una presa con la que inmovilizó a Jim.

Eugenia apareció corriendo, llevando entre sus manos una olla de agua hirviendo.

—La tenía para desplumar el pollo —explicó.

—¡Tráela acá, Eugenia, deprisa! —dijo Betty.

Jim sintió el vaho cuando le acercaron la olla e intentó desasirse.

—¡Eh! ¿Qué es lo que van a hacer?

—Tiene pegada la venda a la herida —dijo Betty—. Acércame unos cuantos paños limpios, Eugenia.

—Sí, señorita.

—Y usted, Curtís, estese quieto de una vez.

—Oiga, ¿por qué no esperamos a que venga el doctor?

—Mi padre me dio unas cuantas lecciones para solucionar casos urgentes, y éste es uno de ellos.

Jim hizo otro esfuerzo por librarse y encogió las piernas, pero la joven dejó caer sus cuartos traseros sobre los de él.

—Cuidado, Betty, que me parte por la mitad.

—No sea chiquillo y manténgase quieto.

—¡Aquí tiene, señorita! —dijo Eugenia.

Jim estaba resoplando. De pronto, sintió que le ponían algo incandescente en el brazo.

—¡Cuidado! ¡Que me achicharra!

—¡Eugenia, sujétale por las piernas!

—Sí, señorita.

La negra se abrazó a las piernas de Curtís como una náufraga que encontrase su salvavidas.

Jim hacía rechinar los dientes.

—¡Me está asando! ¡Que me quemo! ¡Que me quemo!

—Ya me decía yo que usted sería flojo, señor Curtís —dijo Betty —. Parece increíble que no pueda aguantar esto.

La joven sustituyó el paño por otro y Jim pegó un salto. Su cara estaba bañada en sudor que le goteaba por las mejillas. Maldijo mil veces su idea de simular una herida para introducirse en la casa del doctor. Infiernos, lo estaba asando como a un lechoncillo. Ya le resultaba difícil mover el brazo debido a la presa de la joven, pero es que ahora se lo habían hervido.

—Bien, vamos a quitarle el vendaje —dijo Betty al cabo de un rato.

Jim ya se había resignado.

Betty, después de quitar la venda, soltó una exclamación:

—¿Qué es esto, señor Curtís?

Jim aprovechó el momento que ella había dejado libre para

desembarazarse también de la negra. Desorbitó los ojos al ver cómo estaba su brazo. No, no había ninguna herida, pero ahora la piel estaba hinchada, roja.

—Me ha dejado inútil. Betty. Seré un inválido toda la vida.

La joven puso los brazos en jarras y sus ojos despidieron llamas de ira.

—De modo que quiso engañarme.

—No se haga de nuevas. Usted supuso la verdad. Estaba representando una comedia.

—Muy bien, señor Curtís, lo supuse. Y por ello le he querido dar una lección.

Jim apretó los labios con fuerza.

—Me ha cocido con todas las de la ley.

Betty señaló la olla.

—Sí, señor Curtís, y de gracias a que no le he cocido entero porque no tenía una olla más grande. Esto le servirá de escarmiento. ¡Lárguese!

—Ahora es cuando tiene que curarme, señorita Martín.

Intentó mover el brazo lesionado y lanzó un grito haciendo una mueca de dolor.

—Ya le dije la primera vez que vino aquí que había otro doctor en el pueblo. Vaya a él.

Jim sacudió la cabeza.

—Está bien, Betty. Ya me voy. Pero lo que usted acaba de hacer conmigo es un acto de crueldad.

—Las mujeres tenemos que defendernos de los hombres tozudos que nos resultan desagradables.

—¿Yo le resulto desagradable?

—Más que eso, señor Curtís. Usted… Usted y yo no podemos permanecer un solo minuto bajo el mismo techo.

—¿Por qué no?

—Usted contamina, señor Curtís.

Jim levantó su brazo que había sometido a un baño de agua hervida.

—¿Es que se olvida de que me acaba de desinfectar?

—Márchese ahora, señor Curtís. No continuaré hablando con usted ni un segundo más.

La joven levantó la barbilla altivamente.

—Muy bien, Betty —dijo él—. Pero esta noche, cuando se encuentre a solas en la cama…

—Su aclaración de a solas, sobra, señor Curtís.

—Cuando se encuentre en la cama —repitió Curtís, con voz melodramática—, pregunte a su conciencia. Sí, pregúntele si se ha portado bien conmigo. Y yo volveré para que me diga qué es lo que le ha contestado.

Inmediatamente, el joven dio media vuelta, y ya sin detenerse, ganó la calle.

Capítulo X

Jim Curtís se puso el brazo en el pañuelo que había atado al cuello. Por fortuna era el izquierdo, ya que, si hubiese sido el derecho, lo mejor que podía haber hecho sería abandonar aquel trabajo en que él y Peter estaban empeñados.

Inmediatamente salió de la habitación del hotel en busca de su amigo. Visitó tres establecimientos de bebidas sin hallarlo y salió del tercero rascándose el cogote.

De pronto, oyó una voz.

—¿Todavía aquí, forastero?

Se volvió descubriendo al *sheriff* apoyado contra la pared.

—Tienen ustedes un pueblo muy simpático —repuso.

—Gracias, pero hay otros muchos por aquí que le gustarían más.

—No lo creo, *sheriff*.

El representante de la ley se enderezó.

—¿Qué es lo que busca aquí Curtís?

—Verá, autoridad, hace muchos años perdí un hermanito, y desde entonces voy por el mundo buscándolo. No sabe el calvario que estoy pasando de un sitio a otro buscando al pobre Pierre.

—No le creo una palabra. Usted se encuentra aquí por otra razón y yo terminaré por dar con ella.

—Muy bien, autoridad.

—Deje de llamarme autoridad. Mi nombre es Norman Givern.

—Muy bien, Norman.

—No me llame Norman.

—Oiga, ¿quiere que le llame Lola? Yo no tengo inconveniente.

El *sheriff* quedó con la boca abierta, enseñando todos los dientes. Pegó un mordisco al aire y luego dijo:

—Givern, ¿lo entiende? ¡Llámeme Givern!

—No se excite, *sheriff*. He visto a tipos con más fuerza que usted caer en redondo después de enrojecer como usted lo está ahora. A su edad son frecuentes los fallos del corazón. Póngase la mano en el pecho y verá cómo le galopa.

Givern puso la mano donde Jim le había dicho, pero se dio cuenta de que él no debía hacer eso y la bajó bruscamente.

—No intente liarme. Curtís.

—Sólo me preocupaba por su salud, pero, en fin, ya veo que es usted un desagradecido. Ya nos veremos, Berger.

—¡Givern!

Jim movió la cabeza en sentido afirmativo y se alejó por la acera.

Caminó durante un buen rato por los tablones, y de pronto, vio aparecer a Peter corriendo por una esquina. Su sombrero estaba mojado y de él salía humo.

—¡Maldita sea, Jim! ¡Por fin te encuentro! Me llegué a la casa del doctor en tu busca, ¿y qué crees que pasó? Una negra me volcó un cazo de agua hirviendo.

—Conozco el sistema. —Jim movió su brazo que apoyaba en el pañuelo—. A mí me cocieron antes que a ti.

—Oye, Jim… Lo acabo de ver.

—¿A quién?

—A *Jet* Barryet.

—¡Caramba! Eso sí que es bueno. ¿Dónde está?

—Entró en un establo. Está cerca de aquí, en un callejón.

—Vamos allá, muchacho.

Peter corrió con su amigo hacia el corral donde había descubierto a Barryet. Antes de llegar a la puerta oyeron la voz del forajido.

—¿Ciento ochenta dólares por una galera, compadre? Oirá, usted está loco.

—Fíjese en las ruedas —replicó otra voz—. Le puse llanas nuevas hace unos días. Y observe el toldo, tela de primera calidad traída expresamente de Independence, y échele un vistazo también al costillar que soporta la lona. Nada de madera que se pudre con el agua y el sol. Metal fundido en Pittsburg, y fíjese en los dos caballos, dos, pura sangre…

—No siga o me subirá el precio —dijo Barryet—. Está bien, aquí

tiene doscientos dólares. Cóbrese.

—Ahora mismo le traigo el cambio.

Jim hizo un guiño a Peter para que se quedase allí y el viejo le contestó con un gesto afirmativo. Entonces, Curtís echó a andar entrando por el hueco del establo.

Barryet estaba de espaldas observando la galera que acababa de comprar.

—Hola, Barryet.

El forajido se revolvió llevando una mano a la funda, pero interrumpió el movimiento al ver que Jim ya tenía el revólver en la diestra. Entonces se majó los labios con la lengua y sonrió.

—Caramba. Jim Curtís… Demonios, chico, ¿dónde te metes?

—El mundo es pequeño, ¿eh. *Jet*? Nos volvemos a encontrar…

—Es lo que digo yo. El mundo es un asco… ¿Dónde puede ir uno que no encuentre una cara repetida?

—Mi cara te resulta conocida, ¿verdad, Barryet?

—Desde luego.

—Es la misma cara del tipo a quien limpiasteis dos mil dólares.

—Demonios, Jim, no debes decir eso… Siempre hemos sido amigos…

—Pero me robasteis.

—No fue un robo, Jim. No debes ser así…

—¿Qué fue, Barryet?

—Necesitábamos los dos mil machacantes para invertirlos en un negocio y Duke decidió darte la sorpresa… Ya sabes cómo es él, siempre te ha considerado como su socio.

—¿Y qué hay de esa inversión? ¿Dio rendimiento…?

Barryet sacudió la cabeza.

—Qué pena tan grande, Jim… El negocio se fue al infierno… Perdimos los dos mil dólares.

—Estupendo, Barryet. En tal caso, no tengo por qué pediros cuentas. Después de todo, ese asunto pudo haber salido bien y estoy seguro de que Duke me hubiese dado mis beneficios.

—Claro que sí, Jim. De eso no debes tener la menor duda. Jim dio un suspiro.

—En fin, ¿qué se le va a hacer…? Pero ahora iré yo contigo, ¿sabes?

—¿Adónde?

—Quiero darle las gracias a Duke por haber pensado en mí como socio.

—Así se hace, sí, señor, pero no puedes venir conmigo.

—¿Por qué no, Barryet?

—Me separé de Duke hace tres meses en Abilene. Dijo que se iba hacia el Norte. Al Oregón, ya sabes. Quiso que yo fuese con él, pero un hermano de mi padre me escribió que estaba en las últimas. El hombre tiene una pequeña hacienda y yo la heredaré, me largo a California, el país del futuro.

Jim se dijo que era preferible seguir a Barryet que intentar sacarle las cosas por la fuerza. Conocía bien al tipo y sabía que era duro.

—Muy bien, Barryet. Pensé que estarías con Duke, pero ya veo que me equivoqué. Quizá algún día me anime a ir a Oregón —hizo girar el revólver en el dedo y lo devolvió a la funda.

Empezó a retroceder sin dar la espalda al pistolero. Al llegar a la puerta agregó:

—Bien, Barryet, te deseo suerte en eso de tu herencia.

—Gracias, muchacho.

Jim caminó hacia donde le esperaba Peter a quien hizo una señal para que le acompañase. Cuando doblaron la esquina por el callejón se detuvieron a un tiempo y Peter dijo:

—Oye, te he estado escuchando y no comprendo cómo no le has ajustado las cuentas.

—Barryet es de los que se dejan matar antes de soltar prenda. Anda y trae mi caballo. Lo seguiré hasta el escondite.

El abuelo sonrió.

—Caramba, creo que has tenido una buena idea, pero será mejor que yo vaya contigo.

—No, abuelo. Tú te quedas. Me basto yo para meter en cintura a toda la banda.

Peter se marchó y al cabo de unos minutos regresó montando el caballo de Jim.

En ese momento, la galera salió del corral, Barryet había atado su caballo a la parte trasera.

Jim le vio dirigirse por el fondo del callejón, buscando la parte trasera del pueblo. Dejó que desapareciera y entonces montó en la silla.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Peter.

—No pierdas de vista la casa del doctor.

—¿Es que quieres que me achicharren otra vez?

—Vigílala desde fuera. Sigo pensando que Duke tiene prisionero al padre de la muchacha, aunque me gustaría equivocarme.

Inmediatamente, Jim espoleó su cabalgadura y se internó por el callejón siguiendo el camino de la galera.

A la salida del pueblo le dejó cobrar ventaja.

Naturalmente, Barryet no había creído en su conformidad con respecto a Duke, de modo que debería tener cuidado.

Tres millas más allá, la galera penetró por un laberinto de rocas.

Jim mantuvo quieta su cabalgadura durante un par de minutos y, finalmente, la dirigió al lugar por donde había visto desaparecer el carromato.

Hubo de detenerse otra vez al ver que la galera estaba inmóvil a unas treinta yardas.

Oyó un ruido a la derecha y se arrojó de la montura justamente cuando sonaba un estampido.

La bala aulló en el aire yendo a golpear contra una piedra.

Jim rodó en el polvo perseguido por otras dos balas que mordieron en la tierra.

Llegó ante una roca y dio un suspiro de alivio. Esperaba el ataque de Barryet, pero no tan pronto.

—¡Eh, Curtís! —le oyó reír—. ¿Te encuentras bien?

—De primera, chico.

—Es bueno este «Winchester 73» que Duke compró para el asunto de Matagorda.

—Duke es un chico muy moderno.

—Me dan ganas de ir a por ti. Un «Colt» no sirve para enfrentarse con un «Winchester», pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál Barryet?

—Sal del escondite y monta en el caballo. Te dejaré marchar. Ahora estoy seguro de que no volverás a seguirme.

—Demonios, Barryet, te has vuelto un ser muy humano.

—Después de todo, yo soy un tipo que te aprecia. Curtís. Anda y coge la ocasión por el rabo.

Jim se puso en cuclillas y desenfundó el revólver. Tenía localizado a Barryet por su voz. Debía hallarse a unas veinte yardas.

Naturalmente, el muy bastardo le estaba tendiendo una trampa. Si salía del escondite. Barryet le asaría con el «Winchester». Había oído hablar de aquellas armas, pero nunca había tenido ocasión de probar cómo disparaban. Ésta era la primera demostración. Barryet decía la verdad. Aquel «Winchester» era un arma terrible en manos de un hombre que lo supiera manejar. Pero Barryet había fallado tres disparos. ¿Fallaría también el cuarto? Ésa era la cuestión.

—¿Qué esperas Curtís? —dijo Barryet—. Sal de una vez antes de que el sol nos caliente la sesera.

—¡Allá voy Barryet!

Calculó que él le esperaba por la derecha. Era un cincuenta por ciento de probabilidades.

Saltó por el otro lado.

Vio a Barryet enfrente, con el rifle a la cara, pero tuvo que mover el cañón porque tal como Jim esperaba, le había esperado por la derecha de la roca.

Jim deseaba capturarlo vivo. Apretó el gatillo. La bala golpeó contra el hombro de Barryet y le arrojó hacia atrás mientras el rifle se le escapaba de las manos.

Jim corrió hacia Barryet, el cual se incorporó y se arrojó sobre el «Winchester» para hacer otra vez uso de él, pero Curtís llegó a su lado y pegó un puntapié al arma enviándola lejos.

Luego apuntó a la cara de Barryet.

El forajido se miró el hombro herido y soltó un gemido.

—Maldito seas, Jim… Me has pegado un buen balazo.

—¿Y qué querías hacer tú conmigo? —repuso Curtís sarcástico.

Barryet le dirigió una mirada cargada de odio.

—Nadie te llamó, Jim.

—No, eso es cierto, pero tenía curiosidad por saber de vosotros…

—No juegues con fuego. Jim. Si yo estuviese en tu lugar, daría media vuelta y me largaría.

—No voy a hacer tal cosa, muchacho. Me vas a conducir hasta el lugar donde te esperan Duke y los demás.

Jet escupió un salivazo que cayó sobre la bota de Jim.

—Tú sabes que yo no vendo a un compañero.

—Lo sé perfectamente, Barryet, y por eso me he contentado con seguirte, pero ahora no tendrás más remedio que llevarme allá.

—¿Por qué?

Jim le señaló el hombro herido.

—Si no te cura pronto un médico, estás listo.

—Muy bien. Llévame a la ciudad.

—El doctor no está en la ciudad. Barryet.

En el rostro del pistolero hubo un cambio de expresión y eso le indicó a Jim que no se había equivocado respecto al destino del padre de Betty.

—Llévame a cualquier otro sitio. Hay muchos pueblos por aquí.

Curtís se agachó sobre *Jet* y le despojó del revólver que puso en su cinturón. Luego tomó el rifle y, a unas tres yardas de Barryet, se sentó en una piedra.

—No vamos a ir a ninguna ciudad, Barryet —dijo.

—¿Es que quieres que me muera como un cerdo?

—¡No, Barryet! Yo soy un tipo humanitario. Estoy conforme con llevarte al doctor, pero no al de ninguna ciudad, sino al que tenéis en vuestro escondite.

—¿De qué hablas?

Jim se tocó la cabeza.

—Tengo cerebro, ¿sabes, muchacho? Y lo utilizo de vez en cuando. Uno de la banda resultó herido en el atraco al Alabama. Lo dijeron los periódicos. Eso es lo que os ha impedido huir más rápidamente. El herido empeoró poco a poco y no tuvisteis más remedio que echar mano a un medico. Lleváis unos cuantos días en la comarca de Abbot City. Es la mar de sencillo. Secuestrasteis al doctor Martín.

Barryet apretó los dientes con rabia.

—¡No sé nada de eso!

—Nos quedaremos al sol hasta que cambies de idea.

—Te equivocas si crees que voy a decirte algo.

—No tengo por qué darme prisa. Es cuestión tuya Barryet. Y lo sabes, si quieres seguir viviendo, llévame ante el doctor Martín, pero si prefieres morir, quedémonos aquí. Barryet fue a moverse y Jim cogió otra vez el rifle. —No cambies de sitio o te pego un balazo en la pierna.

—Sólo quiero protegerme del sol.

—No, Barryet. Tú te quedas ahí. Has elegido ese sitio y eres un tipo muy duro. Lo puedes resistir todo…

Barryet se pasó una mano por la boca.

Jim fumó el cigarrillo en silencio. Observó que Barryet se pasaba muchas veces la lengua por los labios.

—Jim…

—¿Qué hay?

—Dante un poco de agua.

—Tienes sed, ¿eh?

—Sí.

Jim se dirigió al lugar donde estaba su caballo, tomó la cantimplora y regresó cerca de Barryet. Abrió la cantimplora y bebió apartando el gollete de los labios. El líquido gorgoteó en su garganta. Luego hizo chasquear la lengua mientras cerraba la cantimplora.

—¡Eh, Jim! —exclamó Barryet—. Te olvidas de mí.

—Beberás cuando lleguemos al escondite.

Barryet apretó los dientes y no dijo nada.

Al cabo de un rato, Jim se echó el sombrero sobre la cara.

—Estás perdiendo un tiempo precioso, ¿sabes, Barryet?

Pero, en fin, se trata de tu vida…

Cuatro buitres llegaron por el aire trazando círculos.

—Mira, Barryet. Ya están ahí… ¿Qué tendrán esos pájaros que huelen la muerte?

Barryet miró al cielo contemplando las aves.

Transcurrieron otros cinco minutos.

—Jim…

—Dime, Barryet.

—Tú ganas…

—¿Me llevarás junto a Duke?

—Sí; después de todo, no vas a conseguir nada… Ellos están preparados.

—Muy bien. Barryet.

—Tapóname la herida antes de que me quede sin una gota de sangre.

—Óyeme bien, Barryet. Nunca me ha gustado ser cruel con nadie, te taponaré la herida y luego le daré agua, pero también voy a jurar una cosa. Si no me llevas al sitio que busco, te levantaré la tapa de los sesos con la misma tranquilidad que despacharía a una serpiente de cascabel.

—Descuida, muchacho. Te llevaré allí. Puedo prometértelo. Tú eres el que ha elegido… Pero te lo aseguro. Jim. No lo contarás…

CAPÍTULO XI

Ed Cronin estaba vigilando el camino de Abbot City entre las rocas cuando vio aparecer por la curva la galera.

—Eh. Duke. Ahí viene *Jet*.

Duke apareció en la entrada de la gruta con un «Winchester» en la mano.

—¿Solo?

—Sí, desde luego Está en el pescante, pero le veo un poco arrugado.

Duke saltó por entre las piedras colocándose al lado de Cronin.

La galera avanzaba por el fondo del barranco.

Los ojos de Duke observaron atentamente a Barryet.

—A ese muchacho le pasa algo.

—Quizá le duela la tripa. Ya sabes, comió demasiado tocino anoche, y estaba lleno de gusanos…

Duke esperó un rato.

—No, muchacho, no es la tripa. Sus ojos me han mirado un momento y yo he captado su señal.

—¿Qué te ha querido decir?

—Peligro.

—¿Peligro? —repitió Cronin—. ¿Dónde está? Yo no lo veo.

—Eres un condenado tarugo, Cronin. Está tan claro como el agua. Alguien viaja con Barryet en la galera.

—¿Quién?

Duke rió.

—Apuesto a que no es otro que nuestro querido amigo Jim Curtís. Sólo él ha podido desarmar a Barryet.

—Bueno, ¿empezamos a disparar?

—No, berzotas. Lo haremos de una forma mejor. Yo me

esconderé y tú te quedarás aquí.

—Pero la galera no puede subir arriba, jefe.

—Voy a trazar un círculo para atacar por detrás. Barryet saltará del pescante y subirá hacia arriba. Para cuando eso ocurra, yo habré sorprendido a Curtís. Lo único que tienes que hacer tú es mantenerte sereno como si nada hubiésemos descubierto.

—De acuerdo, Duke —rezongó Cronin.

Duke se apartó de su compañero y, poniéndose en cuclillas, resbaló por la pendiente sorteando los obstáculos.

A mitad de camino se detuvo, porque la galera estaba pasando por enfrente. Apretó contra su cuerpo el rifle.

La galera se detuvo veinte yardas más arriba.

Duke soltó una maldición porque Barryet no se hubiese dado cuenta de su movimiento.

Esperó unos segundos y luego Barryet se descolgó del pescante.

Duke vio algo moverse en el interior del carro y sonrió. Allí estaba Jim. Se echó el rifle a la cara y apuntó.

Barryet había comenzado a ascender hacia la entrada de la cueva. Entonces, Curtís pegó un salto desde lo alto del pescante la suelo.

Duke apretó el gatillo.

La bala silbó, pero entonces ocurrió algo que no esperaba.

Curtís rodó por debajo de la galera.

Aquella maniobra fue tan imprevista que Duke tuvo que mover demasiado el rifle y, para cuando fue a disparar otra vez, Curtís ya se había metido en el hoyo del lecho seco del torrente.

Barryet echó a correr hacia lo alto gritando:

—¡Protegedme, muchachos, protegedme…!

Ed comenzó a disparar desde arriba y Duke lo hizo desde su lugar de modo que Curtís no pudo asomar una sola vez su arma para responder al fuego.

Duke vio cómo Barryet ganaba la entrada de la cueva y levantó el brazo.

—¡Ya basta, Ed!

En aquel lugar se hizo un silencio.

—¿Te gustó la bienvenida Curtís? —gritó Duke.

—Estuvo muy lucida —contestó Jim desde su escondite—, pero he notado en ti algo, Duke.

—¿El qué?

—Has perdido mucha puntería.

Duke rompió a reír.

—En cambio, tú sigues siendo un chico muy animoso, Jim.

—Sí, Duke, lo soy, especialmente desde que tengo un «Winchester 73».

Duke sintió un escalofrío.

—¿Tú un «Winchester 73»? No lo creo.

—Ahora lo comprobarás.

Curtís se asomó por el hoyo y empezó a disparar muy aprisa. Envió dos balas contra Duke y éste hundió la cara en la tierra llenándose la boca de polvo.

Desde lo alto, Ed asomó la cabeza para disparar, pero Curtís volvió el rifle contra él e hizo otros dos disparos. La primera bala rozó la sien de Ed marcándole una estela roja. El forajido se dejó caer en el suelo burlando la segunda, que golpeó contra la pared que tenía detrás.

Jim se arrugó otra vez en el hoyo y rió fuerte.

—¿Qué dices ahora, Duke?

Duke se limpió la boca de tierra.

—¡Maldito seas, Jim! ¡Esto lo vas a pagar con la vida!

—Oye, muchacho, le quité el rifle a *Jet* y también tengo un «Colt» y otro centenar de plomos que me están pidiendo que los envíe contra vosotros.

—Estás en mala posición, Jim. Desde arriba te freiremos.

—Inténtalo si podéis.

Duke miró hacia la gruta. Si uno de sus compañeros o él mismo se ponía en el techo de la cueva, podría dominar perfectamente el hoyo donde Curtís se refugiaba. Infiernos, no duraría allí ni cinco segundos.

Abandonó su escondite tras la piedra y echó a correr en zigzag ladera arriba.

Jim asomó otra vez el rifle, pero en ese instante, Ed y Barryet le dispararon desde lo alto.

Una de las balas le mordió la camisa a la altura del hombro y se tuvo que esconder.

Aquella posición era insostenible. Una u otra vez seria alcanzado por una bala y entonces había llegado al final de su aventura.

Observó el otro costado del barranco. A mitad de camino vio muchas rocas. Aquél era un buen lugar para situarse. Podría mantener a raya a la pandilla.

Hinchó los pulmones de aire, se desplazó un poco a la derecha y de pronto se levantó y empezó a disparar con el rifle sobre el lugar donde había visto por última vez a Barryet y a Cronin. Ahora le importaba un rábano hacer blanco. Sólo preparaba su salida del hoyo.

Dejó de disparar y saltó fuera echando a correr.

—¡Ya ha salido del agujero! —oyó gritar a Barryet.

Entonces se lanzó al aire sabiendo que las balas, iba a ir en su busca. Golpeó la cadera contra una arista sintiendo un agudo dolor, pero cayó por el otro lado en el instante en que una manada de insectos de plomo, picoteaban en la roca.

Encogió las piernas y observó que estaba en una especie de pasadizo.

Los hombres de enfrente dejaron de disparar y ahora oyó claramente la voz de Duke:

—¡Pandilla de inútiles…! ¡Se ha escapado cuando lo teníamos a nuestro alcance!

Barryet dijo:

—Creo que le he herido. ¿Por qué no vamos a por él?

—Creo que Barryet se equivoca. Jim no está herido. Somos tres y él está solo.

Duke se echó a reír.

—Eres muy valiente, Barryet. Anda, ve tú y tráenos su cadáver.

—Yo estoy herido. No puedo ir solo. Me pegó un balazo en el hombro y perdí mucha sangre.

Duke dejó correr unos segundos y luego ordenó:

—Encárgate tú, Ed. También le tienes ganas.

Cronin protestó:

—Creo que Barryet se equivoca. Jim no está herido. Se ha escondido detrás de las piedras y si me acerco me volará la cabeza. Ese condenado tiene buena puntería.

—Está bien —dijo Duke—. Permaneced aquí. Yo voy a hablar con Steve para contarle la situación.

Duke penetró en la cueva. Steve estaba sentado en el suelo y tenía el revólver en la mano apuntando al doctor, quien se apoyaba

en una roca.

—¿Qué pasa, Duke?

—Es ese maldito de Jim Curtís. Capturó a Barryet y se vino con él hasta aquí. Ahora se ha escondido enfrente y tiene el rifle de Barryet.

Steve masculló una serie de improperios contra Curtís y luego preguntó:

—¿Qué podemos hacer?

Duke se puso a pasear mientras contestaba:

—No podemos salir de aquí dejando atrás a Jim Curtís. Nos balearía fácilmente. Todo eso, suponiendo que tú puedas cabalgar.

—No puede —dijo el doctor.

—Usted cierre la boca, matasanos.

Duke se quedó mirando al médico y sus labios se ensancharon en una sonrisa.

—Se me está ocurriendo una bonita idea.

Steve preguntó:

—¿Cuál?

—Ya que ha venido Curtís, podemos ofrecerle una fiesta en su honor. Sí, señor, una hermosa fiesta… Cronin se encargará de eso.

Steve se encogió de hombros.

—El sol te está volviendo loco. Duke.

Duke echó a andar otra vez hacia la salida de la cueva.

—Eh, Cronin, ven aquí. Vas a hacer algo muy importante.

CAPÍTULO XII

Peter Manfield estaba apostado en la esquina desde donde podía ver la entrada de la casa del doctor Martín. En la última hora sólo había entrado en el jardín una mujer que indudablemente iba en busca del doctor. Estuvo hablando en el porche con la hija del médico y luego la dama se volvió por el camino que había traído.

Se pasó la lengua por los labios. Demonios los tenía muy secos. Calculó el tiempo que necesitaría en llegar al saloon para beber un vaso de *whisky*. Si imprimía velocidad a las piernas tendría bastante con dos minutos para llegar, tres para beber el *whisky* a pequeñas dosis y otros dos para volver. ¿Qué podía pasar en siete minutos si en los últimos sesenta no había ocurrido nada?

Tranquilizada su conciencia por tal argumentación, dio media vuelta y se alejó por la calle.

Justo en ese momento, por la otra esquina apareció Ed Cronin, quien después de echar un vistazo a todo lo largo de la calle caminó hacia la casa del doctor Martín.

Abrió la cancela del jardín y después de cruzar el camino enarenado, subió al porche y llamó con el aldabón.

Poco después le abrió una negra.

—¿Qué desea?

—¿Está la señorita Martín?

—Sí, pero el doctor no está aquí.

—Es con ella con quien quiero hablar.

Betty Martín apareció por detrás de la negra.

—¿Qué desea? —inquirió observando a su visitante.

Cronin se quitó el sombrero y dirigió una mirada a la criada. Betty hizo una señal a Eugenia y ésta se retiró.

Cronin se aclaró la garganta.

—Siento ser portador de malas noticias, señorita Martín.

—¿Malas noticias?

—Me refiero a su padre.

—¿Qué le ha pasado? —dijo la joven, llevándose una mano a la garganta.

—No tiene que preocuparse, no está muerto, sólo un poco herido.

Betty cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Cuénteme, señor…

—Cronin, Ed Cronin… Iba en su tílburi cuando de pronto el caballo se desbocó. Bueno, eso fue lo que me contó a mí. El doctor cayó del pescante y se magulló un poco. En fin, él me manda para que usted vaya a su lado. He traído su coche.

El rostro de la joven se había cubierto de una palidez cadavérica.

—¿Está muy lejos de aquí, señor Cronin?

—A unas seis millas.

—Ahora mismo me preparo.

La joven subió por la escalera del fondo a su habitación y poco después regresó junto a Cronin. Se había puesto un sombrero y llevaba un bolso en la mano derecha.

—Tendremos que ir a casa del doctor Llanos. Está a la otra parte del pueblo.

—Ya lo sé, señorita Martín. Fui allí para dar el aviso, pero el doctor Llanos no estaba. Dejé mi dirección y en cuanto él regrese de asistir un parto irá allá.

La joven cogió por un brazo a Cronin.

—¿Usted cree que no es nada grave?

—Yo creo que no, señorita Martín —dijo el forajido.

Fueron al lugar en donde Cronin había dejado el tílburi y subieron al pescante poniéndose en camino inmediatamente.

El pistolero condujo el tílburi por la parte de atrás de la montaña donde se encontraban sus compañeros enfrentados con Jim. Saltaron a tierra y luego Cronin le dio la mano a la joven conduciéndola ladera arriba.

—¿Vive usted por aquí, señor Cronin? —preguntó.

—Tengo una cabaña al otro lado. Por aquí hay muchas serpientes de cascabel y yo me ocupo de cazarlas. Cada día que

pasa, su piel es más cotizada.

Aunque a Betty le pareció una extraña profesión, no era la primera vez que oía hablar de cazadores de serpientes.

Cuando dieron la vuelta a la montaña. Cronin se detuvo mirando hacia la parte donde estaba Curtís.

—¿Qué es lo que mira? —preguntó Betty.

Entonces, Cronin sacó el revólver y le apuntó al pecho.

—Bien, señorita, ya acabó la comedia.

—¿De qué habla? —preguntó la joven abriendo mucho los ojos.

—Eche a andar delante de mí.

—¿Y mi padre?

—Le va a ver ahora mismo.

Betty, sumida en un mar de confusiones, echó a andar porque sólo tuvo en cuenta las perspectivas de abrazar a su padre.

Jet Barryet, detrás de una piedra, se puso a reír.

—De modo que al fin lo conseguiste, ¿eh, chico? Fue un buen trabajo.

Ed sonrió halagado.

Enfrente, Jim Curtís sintió que el corazón le daba un vuelco al ver a Betty. Sus manos apretaron la culata del rifle porque estaba comprendiendo algo de lo que ocurría allá arriba.

Vio desaparecer en la cueva a la joven. Por unos instantes estuvo tentado de disparar contra Cronin, pero temió por la suerte de Betty y se dejó caer en el suelo rumiando sus pensamientos.

Mientras tanto, en la cueva. Betty corrió al encuentro de su padre. Los dos se abrazaron en silencio…

—Oh, papá, creí que te había pasado algo…

—Estos tipejos te engañaron. Betty, me trajeron aquí para curar a uno de ellos que resultó herido en el asalto al Alabama.

Betty volvió la cabeza mirando despreciativamente a los hombres que había a su alrededor.

Duke la midió de pies a cabeza.

—Caramba, ahora comprendo por qué Jim Curtís se derrite por tu palmito.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que oyes, nena.

—No tengo nada que ver con Jim Curtís.

—Es posible que tú no quieras saber nada de él, pero apuesto a

que Jim Curtís piensa de otro modo respecto a ti. Lo vamos a saber enseguida.

—¿Qué es lo que pretenden?

—Es la mar de sencillo. Vamos fuera y lo sabrás.

El doctor apretó contra sí a Betty:

—Les prohíbo que utilicen a mi hija para cualquier cosa, Duke.

—Ya le he advertido unas cuantas veces que cierre la boca, doctor. Me está poniendo nervioso, ¿sabe?, si estallo, usted lo va a pasar muy mal.

Betty apretó la mano de su padre.

—Papá, déjelo. No te preocupes. No pasará nada.

—Vamos, muñeca —dijo Duke y fue a cogerla de un brazo.

—No me toque. Iré yo sola.

Duke soltó una risita.

—¿Habéis visto qué humos, chicos? La nena es de las orgullosas.

Salieron fuera, pero los salteadores se parapetaron tras las piedras. De esa forma, la joven quedó sola en el centro de la entrada.

Duke se puso las manos junto a la boca.

—¡Eh, Jim…! Hemos querido demostrarte que somos tus amigos. Me enteré del afecto que le tienes a cierta muchacha de Abbot City y me he preocupado de traértela. Anda, asoma un poco la cabeza, Jim, no vamos a disparar contra ti… Queremos que la veas.

Jim asomó la cabeza por encima de la piedra que le servía de refugio.

—¿La ves bien Curtís? ¡Es Betty Martín, la chica que te ha quitado el sueño!

—Estás como un cencerro. Duke. No conozco a esa joven.

—No la conoces, ¿eh?

—¡Es la primera vez que la veo para ser exacto!

Duke titubeó unos instantes mordiéndose el labio inferior, pero de pronto sacó el revólver.

—Muy bien. Curtís. Pensé que significaría algo para ti, pero ya que no la conoces, no te importará que le pegue un balazo.

El doctor Martín llegó corriendo desde el fondo de la cueva.

—¡No haga eso Duke!

Duke apuntó al médico.

—Quieto, doctor. Esto es sólo un ensayo.

—Va a disparar contra mi hija… Acaba de decirlo.

—Jim Curtís no lo permitirá, doctor.

—Ese hombre es otro como ustedes. ¿Qué le importa la vida de mi hija? Él sólo vino aquí por el botín… Dejará que usted mate a Betty.

—Manténgase donde está, doctor, si no quiere que la primera bala sea para usted.

Martín no se estuvo quieto, sino que se abalanzó sobre Duke, pero éste movió rápidamente el brazo y le golpeó con el cañón en la frente. El médico se desplomó hacia atrás.

Betty lanzó un grito y fue a correr hacia su padre, pero entonces Duke dijo:

—Estese quieta, señorita Martín. Un paso más y disparo contra su padre.

La joven frenó su impulso y alzó los ojos que, aunque arrasados en lágrimas, miraron con odio al verdugo.

—¡Usted es un canalla!

Duke torció la boca con una sonrisa.

—Anda, pequeña. Vuelve a tu sitio para que te vea Jim Curtís.

—¡Le repito que ese hombre y yo no tenemos nada que ver!

—Quiero comprobarlo con mis propios ojos. ¡Vuelve ahí!

Betty vio que su padre no había perdido el conocimiento, aun cuando el golpe que le había dado Duke le había producido una hinchazón.

Retrocedió hasta la entrada de la cueva y miró a la otra parte donde se encontraba Jim Curtís.

Duke habló otra vez a gritos:

—¡Eh, Jim…! ¡Voy a matar a la muchacha!

—¿Qué es lo que dices?

—Ya lo has oído, la voy a matar.

—¿Por qué?

—Tú ya sabes que soy un tipo muy caprichoso y ahora me ha dado por eso.

—No puedes hacer eso, Duke… ¡No puedes disparar contra una mujer indefensa…!

—Sin embargo, voy a apretar el gatillo, Curtís.

—Maldito seas, Duke. No lo hagas.

Duke se parapetó contra la pared por si a Jim se le ocurría levantar el rifle.

—¡Sólo hay un medio para evitar que yo dispare contra la muchacha, Jim!

—¿Cuál Duke?

—Que tú te entregues.

—¿Estás loco? —Jim soltó una risotada—. ¿Qué me importa a mí esa chica? ¡Te he dicho antes que no la conozco!

—Está bien, muchacho. Yo pensé que la conocías y que ella te interesaba un poco. Pero ya veo que me he equivocado…

—¡Sí, Duke! ¡Te has equivocado!

—Muy bien. Entonces, ya que la joven no importa a nadie, voy a pegarle un tiro.

Alzó el revólver apuntando a la joven.

Jim Curtís exclamó:

—¡No dispares, Duke!

—¡Tira el rifle y ven hacia acá, Jim!

Todos pudieron ver cómo Curtís apretaba el puño con el que manejaba el rifle y luego sus brazos se atirantaron.

—¡Vamos, Jim! —chilló otra vez Duke—. ¡Te estoy esperando…! ¡Contaré hasta tres y si para entonces no has arrojado el rifle al suelo, ella se irá al otro mundo…!

—¡Bastardo…!

—¡Uno…! ¡Dos…!

De pronto habló Barryet:

—¡Eh, Duke, ya ha tirado el rifle…! ¡Lo ha tirado!

Duke sonrió mirando a Curtís.

—Ahora, el revólver, Jim. Échalo a la otra parte de la barranquera. ¡Vamos, rápido!

La diestra de Jim tomó el revólver. Por un momento pareció que iba a disparar, porque todo su cuerpo estaba en tensión, pero luego arrojó el arma al fondo del desfiladero.

Betty Martín estaba inmóvil observando al hombre que estaba al otro lado y que indudablemente sacrificaba su vida por salvar la de ella.

Duke avanzó poniéndose al lado de la joven.

—Bien, Jim. Ahora ven hacia acá. Todos te estamos esperando… Anda, muévete.

Jim Curtís empezó a descender por la ladera.

Las armas de todos los forajidos convergieron en un cuerpo.

CAPÍTULO XIII

Barryet se dispuso a disparar cuando Jim ascendía hacia la cueva.

—El muchacho es cuenta mía. Me debe algo y ahora quiero cobrarlo.

Duke opuso:

—No dispares, *Jet*.

—¿Por qué no?

—Quiero verle la cara de cerca antes de que muera.

Jim Curtís llegó arriba y se detuvo a unas yardas de Betty. Los dos se miraron y ella preguntó:

—¿Por qué ha hecho eso?

Curtís sonrió, frotándose el brazo que ella le había quemado con el agua.

—Hemos pasado juntos grandes ratos, ¿no es así? Quería agradecérselo de alguna forma.

La muchacha se mordió el labio inferior.

Duke se echó a reír.

—¿Habéis oído eso chicos? Resulta que Jim Curtis es todo un caballero… Sí, señor, lo es… Se ha mostrado dispuesto a dar la vida por su dama.

Jim cambió la sonrisa por una mueca de dureza.

—Espero que ahora cumplas tu palabra, Duke.

—¿Qué palabra?

—Dejarla ir a ella.

Duke se pasó el dorso de la mano por la crecida barba mientras miraba atentamente el esbelto cuerpo de la muchacha.

—¿Sabes que me está gustando, Jim?

Curtis apretó los labios con fuerza.

—Déjate de historias, Duke. Ella no es ni para ti ni para mí.

—¿Quién lo dice?

—Nosotros somos basura de estercolero y ella se merece algún tipo mejor.

—Vaya, ésa sí que es buena. Jim Curtis, el pistolero, se arrepiente de todo su pasado… ¡Escúchenlo, señoras y caballeros! Vean al ladrón cómo se redime gracias al amor de una joven casta y pura.

Cronin y *Jet* rompieron a reír con fuerza.

Por el lado derecho de la gruta apareció Steve avanzando trabajosamente.

Duke se dirigió a la joven.

—Tú no conoces a Jim Curtis, ¿verdad? Quiero decir que no le conoces a fondo, su historia, su vida. Pues bien, yo te diré quién es. Un pillastre de siete suelas, un estafador. Alguien le proclamó el mayor engañador del mundo… En Kansas City vendió el Ayuntamiento a un labriego, en Independence subastó todo un tren que estaba en la vía muerta… Pero no es eso solo. Jim Curtis no ha dejado de apretar el gatillo desde que echó los dientes de leche.

Betty afirmó:

—No le creo a usted una palabra, Duke.

El jefe de los forajidos la miró con una sonrisa.

—No me crees, ¿eh, nena? —señaló a Curtís—. Anda, díselo tú, Jim. Dile quién eres.

Curtis sacudió la cabeza.

—Sí, Duke, he hecho todas esas cosas que tú dices, engañé a unos y otros, pero jamás asesiné a nadie.

Duke rió estruendosamente.

—¿Qué os parece, chicos? Resulta que Jim Curtis es un tipo grande. Aquí lo tenéis. Le hemos tenido miedo y resulta que ahora se ha trasformado en un borrego.

Curtis alargó la mano.

—Dame un revólver, Duke y hagamos un duelo entre los dos.

—No, muchacho. No va a haber ningún duelo entre tú y yo.

—Tú eres el que tiene miedo.

—Tuviste una oportunidad para liquidarme mientras estuviste ahí enfrente disparando con el rifle, pero no la supiste aprovechar. Yo te gané por la mano siendo más listo que tú. Es justo que ahora

saque provecho de mi estratagema. No, Jim, no va a haber ningún duelo. Yo te meteré un par de balas en el cuerpo y se acabó.

—Está bien. Pero antes que aprietes el gatillo, deja que se marche la muchacha. No tiene por qué verlo.

—Ya está decidido, Jim.

—¿Qué es lo que está decidido?

—Ella vendrá conmigo.

—No.

—Creo que no estás en situación de oponerte a mis deseos.

—Si hicieras eso, serías el mayor hijo de perra del mundo. Curtís se dispuso a abalanzarse sobre Duke, pero de pronto la joven se interpuso en su camino.

—Por favor, Curtís. Estese quieto.

Los ojos de Jim llamearon llenos de ira, clavados en los de Duke.

—Tú tienes a Margot, Duke. Sé que ella te está esperando y es una hermosa mujer.

—¿No te has preguntado que alguna vez me cansaría de Margot? Ella y yo llevamos juntos muchos años, cinco, y ya no resulta ninguna novedad… En cambio, esta chica…

El doctor Martín rugió:

—¡Usted no se va a llevar a mi hija, Duke! Les he prestado un gran servicio curando a Steve. No quiero su dinero. Sólo deseo que me devuelvan a mi hija.

—No se preocupe, doctor. Usted también vendrá con nosotros, pero sólo lo hará por un par de días. Cuando Steve esté fuera de peligro, usted regresará a Abbot City.

—Muy bien, yo iré con ustedes, pero ella se vuelve a casa.

—No puede hacer eso, doctor Martín.

—¿Por qué no? Betty no les puede hacer ningún daño.

—Eso es lo que usted cree. En cuanto estuviese de regreso en Abbot City, la faltaría tiempo para ir en busca del *sheriff* y contarle todo lo sucedido. El representante de la ley organizaría una buena batida y se lanzaría tras de nuestros pasos. ¿Lo va entendiendo, doctor? Usted y su hija vendrán con nosotros. Sólo hay una persona que se quedará. Será Jim Curtís, pero él estará bajo tierra.

Barryet dijo:

—Déjame que sea yo quien le mate, Duke. Tengo derecho.

Duke titubeó unos instantes.

—Está bien, Barryet. Tú le matarás.

Barryet empezó a levantar el revólver para hacer fuego sobre Curtís, pero entonces la joven dijo:

—¿Qué clase de hombres son ustedes? ¿Por qué no me ahorran este acto de sadismo? Si hemos de marcharnos, hagámoslo de una vez y que se quede Barryet para ejecutar a Curtís.

Jim se dio cuenta de que la muchacha sólo pretendía alargarle la vida y, al propio tiempo, dejarle enfrentado solo con un enemigo, ya que, en las actuales circunstancias, él, Jim, no podría hacer nada.

Duke meneó la cabeza.

—Muy bien, dulzura. Espera unos minutos, Barryet. Nosotros nos iremos, y en cuanto nos hayamos retirado un poco, le envías al otro mundo.

A Barryet no le gustó la idea de aplazar la ejecución, pero eran las palabras de su jefe e hizo un gesto afirmativo.

—Vamos, doctor —dijo Duke—. Usted va a ayudar a transportar al enfermo hasta la galera. Échale una mano. Cronin.

Martín y Cronin llevaron en volandas a Steve hasta la galera que había abajo.

Duke cogió del brazo a la joven, pero ésta se desasió bruscamente.

—No necesito su ayuda.

Duke sonrió, dirigiéndose a Jim:

—¿La has visto, muchacho? Rebelde, como a mí me gustan…

No se dio cuenta de que se había colocado demasiado cerca de Jim, el cual, sin dudarlo, le disparó el puño a la cara.

Sonó un restallido y Duke se desplomó en la cueva.

Jim fue a seguirlo en su carrera, pero Barryet le apuntó al estómago con el revólver.

—Quieto, chico, o no espero un momento más.

Duke se levantó ebrio de rabia, escupiendo sangre. Conservaba el revólver en la mano y durante unos instantes pareció que iba a hacer fuego, pero luego se echó a reír.

—No, no te voy a matar, Jim. Prefiero que veas cómo me llevo a tu chica. Y ya puedes imaginar lo felices que vamos a ser ella y yo.

—¡Puerco!

—Disfruto pensando que la ira te corroe las tripas, ¿verdad, Jim? Se te hacen nudos pensando en ella y en mí, los dos muy

juntos…

Duke entró en la cueva riendo y volvió a aparecer llevando las bolsas. Esta vez pasó lejos de donde estaba Curtís para que éste no le pudiese cazar con sus puños.

Cronin subió a la galera y Duke ordenó a la joven que se pusiese al lado de aquél, mientras el doctor ocupaba su tílburi.

El grupo ya estaba dispuesto para la marcha y entonces, Duke volvió la cabeza.

—¡Bien, Jim! —exclamó—. Te deseo un corto viaje al infierno… ¡Adelante, muchachos!

El tílburi y la galera avanzaron. Duke iba a la vanguardia, delante del doctor, con el revólver en la mano en previsión de cualquier contingencia. Desaparecieron por un recodo entre una nube de polvo. Allá arriba, a la entrada de la cueva, Barryet seguía apuntando al pecho del joven.

En el aire se siguió oyendo el chirrido de los ejes de la galera, pero se fue apagando conforme los viajeros se alejaban de aquel lugar.

Barryet sonrió.

—Muy bien. Curtís. Te llegó la hora… ¡Aquí tienes el plomo que lleva tu nombre!

CAPÍTULO XIV

Jim Curtís se arrojó sobre Barryet una décima de segundo antes de que éste apretase el gatillo.

Sonó el estampido.

Jim ya había alargado la mano mientras cruzaba el aire, y sus dedos tocaron el brazo armado de Barryet.

Eso fue bastante para que la bala cambiase su dirección en tres pulgadas.

El proyectil rozó el cuero cabelludo de Jim, chamuscándolo.

Su mano se aferró a la muñeca de Barryet cuando se desplomaba. Dio un tirón fuerte y Barryet lanzó un grito al ser impulsado hacia arriba en el aire.

Jim Curtís lo volteó por encima de su cuerpo y le acompañó en el viaje, porque no podía permitir que hiciese un segundo disparo. Retorció la muñeca y Barryet abrió los dedos dejando caer el revólver.

Pero cuando el forajido se quedó quieto, propinó un terrible rodillazo en la ingle de Curtís.

Jim sintió los dolores del Infierno. Todo el aire huyó de sus pulmones.

Barryet lanzó un grito de triunfo y saltó sabré el revólver que había quedado en el polvo.

Jim hizo un esfuerzo sobrehumano y cayó otra vez sobre él, pero ahora todo su cuerpo estaba desmadejado y se dijo que si Barryet, en lugar de tratar de recuperar el arma, le hubiese golpeado por segunda vez, habría podido dejarlo fuera de combate.

La diestra de Barryet se cerró sobre la culata. Levantó el arma para disparar sobre Curtís.

El arma, bajo el peso del joven, giró cambiando de dirección.

Los dos hombres rodaron hasta el borde de la ladera. Allí oscilaron un poco y finalmente se derrumbaron por la pendiente.

En el camino hacia el fondo del barranco sobrevino un disparo.

Los dos cuerpos siguieron cayendo estrechamente abrazados.

Abajo, golpearon contra una roca y los dos quedaron inmóviles.

Barryet estaba encima de Jim y abría mucho los ojos. De pronto lanzó un gruñido y se desplomó hacia la izquierda.

Jim apoyó la palma de la mano en el suelo y observó el cadáver de Barryet. Tenía un agujero en el centro del pecho.

Se puso en pie trabajosamente, respirando entre jadeos.

Miró hacia el lugar por donde habían desaparecido Duke y sus prisioneros.

Allá, a unas cinco yardas, se encontraba el caballo que habían dejado para Barryet.

El forajido todavía conservaba en sus manos el revólver. Se lo quitó y lo dejó en su funda. Luego echó a correr y de un salto trepó a la silla. Titubeó unos instantes en seguir el mismo camino por el fondo del barranco. Miró hacia un lado, donde él se había refugiado frente a la cueva.

Espoleó su cabalgadura y ésta ascendió por entre las piedras y el polvo. Llegó arriba del desfiladero y les vio a lo lejos, a unas cien yardas. La marcha era lenta, porque en el fondo del barranco había muchos obstáculos que salvar.

Se apartó rápidamente por temor a que alguien le descubriese y corrió en aquella dirección.

Les tenía a un tiro de piedra, aunque no les pudiese ver, pero oía los ruidos de los ejes de la galera y la voz de Duke gritándole a Cronin para que aligerase la marcha.

El propio Cronin dijo:

—Eh, Duke, no viene Barryet.

—No te inquietes, muchacho. Yo sé lo que ha hecho Barryet.

—¿El qué?

—Está la mar de claro. Le ha metido una bala en las tripas y le está dejando morir lentamente.

—Se oyeron dos disparos.

—El segundo fue seguramente para partirle el hueso de una pierna.

Les interrumpió la voz llena de ira de Betty:

—¡No he conocido a nadie más miserable que usted, Duke!

Éste soltó una risotada.

—Cada vez me gustas más, preciosa.

—¡Váyase al infierno!

—Es tu querido Jim Curtís el que se ha ido.

—Usted no tardará en seguirlo.

Jim ya no oyó más porque se adelantó a la caravana.

Cincuenta yardas adelante, el desfiladero se hacía más angosto, porque en otro tiempo había habido un derrumbamiento. Abajo había muchas rocas y entre todas ellas destacaba una que debía pesar centenares de toneladas.

Saltó de la silla y ató las bridas del caballo a una piedra. Luego se descolgó por la ladera y en un instante estuvo junto a la gran roca. Trepó a ella y buscó una oquedad en la que se refugió.

A lo lejos oyó el avance lento de la expedición.

Sabía que ahora todos sus movimientos deberían ser precisos. No podía conceder ninguna posibilidad a Duke. Conocía su malignidad y, cuando el forajido se viese perdido, no vacilaría en disparar contra Betty Martín.

Sacó el revólver y rellenó de plomo los huecos del cilindro.

El ruido del tílburi del doctor fue más claro ahora. Luego siguió el de la galera.

Duke soltó una maldición.

—¡Más aprisa…!

Ed Cronin repitió:

—Ed, Duke, Barryet no viene.

—¿Quieres callar de una vez?

Jim sonrió. Duke estaba nervioso por la demora de *Jet*, aunque trataba de disimularlo.

Poco a poco se fueron acercando a la roca donde el joven se encontraba escondido. Se encogió hasta ponerse en cuclillas y de pronto saltó hacia arriba.

Los tenía enfrente.

—¡Todo el mundo quieto, Duke!

Duke se quedó de muestra en la silla porque vio el revólver de Jim y no trató de acercar las manos a sus armas.

Pero Ed Cronin no obedeció.

Betty saltó del pescante cuando vio que el forajido se movía

buscando el revólver. Ya lo tenía en su diestra y se dispuso a disparar.

Jim hizo fuego.

La bala golpeó contra el pecho de Cronin y le lanzó contra la rueda delantera.

Los caballos, al encontrarse sin mando, echaron a andar. La rueda pasó por encima del estómago de Cronin, el cual lanzó un grito de horror.

Duke aprovechó aquel momento para espolear su cabalgadura. Ésta salió disparada como una flecha y su jinete se descolgó de la silla. Pronto ganó la gran roca que le sirvió de refugio.

Jim Curtís tuvo que dar la vuelta a la gran piedra y cuando llegó al lugar desde donde podría haber disparado, Duke ya había desaparecido en la curva más cercana del desfiladero.

Oyó a sus espaldas la voz de Betty:

—Déjalo, Jim.

Curtís dio media vuelta. El doctor había bajado del tílburi y tenía un revólver en la mano, el de Cronin.

Steve apareció por el hueco de la galera.

Betty estaba en el suelo, de pie en el polvo, mirando a Jim, el cual se acercó lentamente.

—Tengo que ir en su busca, Betty.

—¿Por qué? Te puede matar.

—Se llevó el botín del Alabama. Quiero recuperarlo para entregarlo a sus dueños, pero eso no es todo —dirigió la mirada por el camino que Duke había seguido—. Él y yo tenemos que cancelar una deuda.

Observó otra vez a la joven y dio un paso hacia ella.

Betty se estuvo quieta, y entonces él la abrazó por la cintura y la estrechó contra sí besándola en la boca.

CAPÍTULO XV

Duke Corey vio a lo lejos el final del barranco. Más allá se iniciaba la llanura, el camino a California.

Bien; todo había salido perfectamente. Tenía el botín a su disposición y ni él mismo lo podría haber arreglado mejor.

Diez yardas le separaban de la salida. Cinco… Tres.

De pronto, por el borde de la derecha vio aparecer un hombre con el revólver en la mano.

—¿Llevas mucha prisa, Duke?

Tiró de las bridas sobrecogido al ver enfrente de él a Jim Curtís.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí, Jim?

—Vine por arriba, que es el camino más recto.

—Siempre has sido un hombre práctico, ¿eh. Jim?

—Sí, Duke.

El caballo en que Jim había viajado piafaba en un trozo de terreno que estaba verde.

—Baja, Duke —ordenó Curtís.

Duke movió la cabeza en sentido afirmativo. No saltó por el lado donde se encontraba Jim sino por el opuesto y, antes de que sus pies tocasen el suelo, su mano tiró del revólver.

Jim hizo un disparo y la bala golpeó contra el tambor del «Colt» manejado por Duke y éste lo tuvo que soltar, porque le quemó la mano. Luego, se hizo un silencio.

—Sabía que lo ibas a intentar —dijo Jim.

—Tú lo sabes todo —sonrió Duke frotándose la mano quemada.

—Conozco todos tus trucos. Duke. Alguna ventaja habría que tener después de pasar dos años contigo.

Duke puso los brazos en jarras.

—Fueron dos buenos años, ¿eh, Jim?

—Quisiera borrarlos de mi vida.

—Claro que sí. Borrarías todo tu pasado desde que encontraste en tu camino a Betty Martín.

—Es posible que sea eso.

—Oye, muchacho, mantén la cabeza sobre los hombros.

—Es lo que hago.

Duke señaló las bolsas que colgaban en su silla.

—Fíjate en eso. Ahí hay una fortuna.

—Lo sé.

—La mitad para cada uno.

—No, Duke.

—Supongo que no lo querrás todo.

—Ahora acertaste, Duke. Todo.

—No, tú no puedes abandonar a un amigo. ¿Sabes cuánto tengo en los bolsillos? Un par de dólares —señaló hacia el desierto—. No puedes dejar que yo vaya a California con un par de monedas. Me moriría de hambre y de sed. Uno necesita dinero para el viaje… ¿Quieres a Betty Martín? Muy bien, quédate con ella y con la mitad de la bolsa. Pero el otro cincuenta por ciento será para mí.

—Ni para mí ni para ti.

—¿Cómo?

—Lo devolveré al Banco de Matagorda.

Duke hizo un gesto de perplejidad.

—¿Esperas que crea eso?

—Me da lo mismo que lo creas o no.

Duke sacudió la cabeza.

—Oye, chico. No es posible que una mujer te haya transformado tanto. Yo me he enamorado siete veces. ¿Lo entiendes…? ¡Siete veces! Pero nunca he dejado que una mujer me domine la voluntad.

—No te canses, Duke. El dinero se queda aquí.

—¡Maldita sea…!

—Debería matarte, Duke. Es lo que pensé cuando emprendí tu persecución, pero dicen que un hombre es la consecuencia de sus actos y tú y yo hemos pasado mucho, aunque al final te revolvieses contra mí y me robases aquellos dos mil dólares.

—Está bien, muchacho, fue un mal pensamiento y te pido excusas. ¿Está bien así…?

—Anda, Duke, lárgate. Pero deja caer las bolsas en el suelo

antes.

—¿Quieres que me marche sin dinero…?

—Es lo que he decidido. Te perdono la vida.

—Oye, déjame al menos que me vaya con cuatro o cinco mil dólares.

—No.

—Un par de miles.

—He dicho que no, Duke. ¡Fuera!

Duke hizo un gesto afirmativo.

—Corriente, chico. Después de todo, no me pilla de sorpresa. Me dijeron cierta vez que los mejores amigos se vuelven contra uno.

—No seas cínico, y deja caer de una vez las bolsas en el suelo.

Duke dio media vuelta y caminó hacia el caballo ante el que se detuvo. Empezó a desatar la primera bolsa. En la alforja que tenía a su alcance guardaba un revólver de cañón corto. Lo sacaría y dispararía contra Jim. Sería como sumar dos y dos, pero le tenía que entretener.

—Te vas a casar con Betty Martín, ¿eh, Jim?

—Sigo pensando que no la merezco.

—Eres un chico muy modesto.

Duke metió la mano en la alforja y sacó el revólver de cañón corto mientras su mano izquierda dejaba caer una de las bolsas. Le llegó el turno a la otra bolsa. Con la zurda empezó a desatar el cordón mientras levantaba la derecha armada. Iba a disparar por encima de la silla y la bala daría en la cara de Curtís. No iba a fallar.

Asomó el cañón y apretó el gatillo.

Jim había vigilado estrechamente a Duke y cuando vio el brazo que se levantaba, se dejó caer en el suelo. Debido a que Duke no podía rectificar, la bala le pasó muy por encima de su cabeza.

Pero luego, Duke se agachó para alcanzarlo por debajo del vientre del caballo.

Fue entonces cuando Jim, de bruces, apretó el gatillo.

La bala se incrustó en el pecho de Duke, quien fue lanzado hacia atrás abandonando el revólver.

—¡Curtís! —gritó.

Jim se puso en pie y se acercó al hombre con quien durante dos años corrió la misma suerte.

Duke le miró a los ojos.
—Debí aceptar tus condiciones.
—Sí. Duke.
—Me iba sin la bolsa, pero con la vida… —Duke se echó a reír —. ¿No resulta gracioso? Es casi un chiste. Curtís… Un chiste de un hombre moribundo.
De pronto le dio un acceso de tos y a sus labios asomó la saliva rosada.
—Bueno, Jim… He perdido —luego dobló la cabeza y exhaló el último suspiro.
Curtís se quedó un rato observándole y finalmente abrió la mano y el revólver que empuñaba cayó al suelo.

Jim Curtís se encontraba tendido en la cama de la habitación del hotel.
Peter Manfield abrió la puerta y entró alborozado.
—¡Eh, chico…! ¡Buenas noticias!
—¿Qué pasa, Peter?
—Te van a dar dos mil dólares de recompensa.
—Renunciaré.
—¿Cómo?
—No quiero ese dinero.
—¡Y un cuerno! Te jugaste la piel por recuperar los dólares que robaron al Alabama.
—Oye, Peter, hagamos algo decente en nuestra vida. En ese barco murieron unos cuantos hombres. Dejaremos el dinero para sus viudas y huérfanos.
Peter fue a protestar, pero en última instancia cerró la boca.
—Está bien, chico —se rascó el cogote mientras se ponía a pasear como un animal enjaulado—. ¿Y qué hacemos ahora?
—Nos largamos.
—¿Adónde?
—Siempre quisiste ir a California, ¿verdad, Peter?
—Sí.
—Pues ahora ha llegado la ocasión.
Jim saltó de la cama, alcanzó el sombrero que había en una silla y se lo puso.
—Vámonos ya, Peter.
Bajaron de la habitación. En ese momento en el hotel entraba el

sheriff de Abbot City.

—Con usted quería habar, Curtís.

—¿Acerca de qué, Rigers?

—¡Givern!

—Perdone.

El *sheriff* carraspeó.

—Tienen que venir a mi oficina para firmar la conformidad a la aceptación de la recompensa.

—No voy a firmar. Givern.

—¿Cómo?

—Diga usted en su comunicado que dejo el dinero a los herederos de los hombres que resultaron muertos en el asalto.

El representante de la ley se quedó con la boca abierta mientras Jim Curtís y Peter Manfield salían por la puerta.

Fueron al establo y ensillaron los caballos.

—Jim —dijo una voz desde la puerta.

El joven se volvió. Allá en el hueco estaba Betty Martín.

Dejó las bridas de su caballo y se acercó lentamente a la muchacha.

—¿Te vas, Jim? —preguntó ella.

—Sí.

—Y ni siquiera ibas a pasar por casa para despedirte.

—Nunca me gustaron las despedidas.

La joven entró en el establo. Allá a su derecha, sobre una pared, alguien había dejado un gran madero que ella empezó a tocar.

—¿No has pensado en quedarte, Jim?

—¿Qué importa lo que piense uno?

La joven bajó la mirada mientras decía:

—Mi padre compró un campo, pero no lo ha puesto en cultivo por falta de tiempo… Él necesitaría un hombre para ese trabajo…

—Comprendo, pero yo tengo que ir a California.

—¿Qué se te ha perdido allí?

—Nada.

—¿No hay ninguna mujer que te espere?

—Ninguna.

—¿Ningún familiar?

—No tengo a nadie en el mundo excepto a Peter Manfield.

—¿Entonces…? Oh, Jim, ¿qué es aquello?

Jim se volvió y entonces Betty apartó el madero que había en la pared, el cual se vino hacia delante golpeando en la cabeza a Jim Curtis. Sonó un fuerte chasquido y Jim se vino abajo, donde quedó inmóvil, perdido el conocimiento.

La joven gritó:

—¡Oh, Jim…, querido! ¿Qué te ha pasado? —Se arrodilló junto a él y le pasó la mano por la cabeza.

No; no tenía ninguna herida. Dentro de unos segundos aparecería allí un chichón del tamaño de un huevo, y Jim, naturalmente, recuperaría el conocimiento.

Peter Manfield, a dos pasos, la miró con reconvención y ella dijo:

—¿Me ayudas, Peter? Debemos llevarlo a la casa del doctor.

—¿Qué doctor? Hay dos en la ciudad.

Ella puso los brazos en jarras.

—Atrévete a llevarlo al otro y también sufrirás un accidente.

Peter Manfield, sin dejar de reír, cogió a su amigo y se le colgó sobre el hombro.

Poco después, en la calle, la gente se detenía extrañada observando a Betty Martín. La joven caminaba por la acera con la barbilla levantada y una sonrisa en los labios, llevando a la derecha a Peter Manfield con su carga, el hombre que había logrado atrapar como marido.

FIN